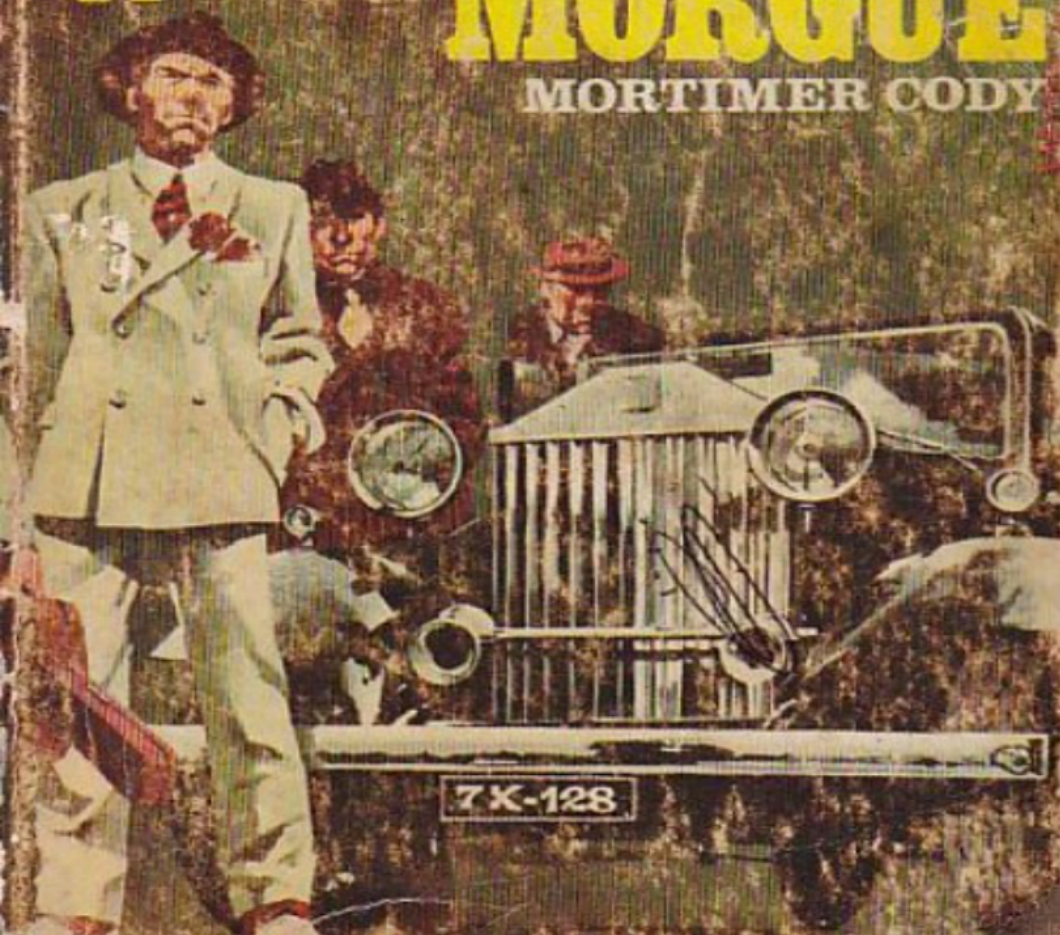


FBI

R

ESCALA EN LA MORGUE

MORTIMER CODY



ESCALA EN LA "MORGUE"

MORTIMER CODY



Primera edición
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Pinto (Madrid)
ESPAÑA

© MORTIMER CODY
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Printed in Spain

Depósito legal: M. 18.479-1970
Talleres Gráficos Montaña — Amor Hermoso, 89 — Madrid-19

FBI

#



CAPÍTULO PRIMERO

LA dama estaba mirando por la ventana, hacia... ningún sitio. La noche era ya cerrada, avanzada, y desde el ventanal, lo máximo que hubiese podido alcanzar con la vista, era la niebla del East River, agujereada de vez en cuando por las luces de algún barco que, con sirena de aviso, estaba cruzando el Hell Gate Bridge, hacia el sur de Manhattan. Y ese espectáculo no interesaba en lo más mínimo a la dama.

En realidad, sólo estaba allí, su presencia, su físico. Su mente, todo lo que forma la vida interior de una persona, estaba muy lejos, y muy atrás en el tiempo.

Se oía una sirena, sí...

Muy débilmente, puesto que las ventanas estaban cerradas.

Se encontraba en una residencia muy sobria de Wards Island, al nordeste de Manhattan, entre este barrio y el de Queens. Una residencia grande, con destartalado jardín, y mobiliario quizás un poco sombrío. Estaba en un despacho con el mobiliario justo; escritorio, tres sillones, y dos sillas Cortinajes, dos lámparas—una colgada del techo, y otra sobre el escritorio—, algún adorno extraño, de color caoba...

De todos modos, quizás lo más sobrio era la propia dama. Tendría cuarenta años, y pese a que sus líneas se mantenían en un estado de gracia, aún, con armonía, con delicadeza femenina, su rostro, si bien hermoso, estaba como... quemado; a fuer de tostado por el sol, parecía requemado. No se maquillaba; nada. De ahí que resaltara el azul increíble de sus ojos, y la boca, aún fresca. Su cabello era... color sol oscuro. Un cabello quemado por el sol también. Un conjunto exótico, sin duda. Sus ropas no podían ser más sencillas: un vestido morado, al igual que los zapatos; un morado oscuro, que hacía destacar mucho el color de sus ojos.

—Señora Monahan...

La voz sonaba a espaldas de la dama, que no se volvió.

—Ese hombre está esperando, señora Monahan —volvió a sonar la voz.

Entonces, ella se volvió; sus ojos denotaron que regresaba a la actualidad, y miró al hombre que estaba junto al escritorio, esperando su decisión; un hombre alto, seco, de mirada parda.

—Que se vaya, Edward —musitó la señora Mona—han.

—Pero... insiste mucho...

—Por favor, que se marche. Está claro que se equivoca.

—Bien...

—No pierdas tiempo, Edward.

—Como quiera...

—Luego, regresa, Edward. Tengo un programa muy extenso para mañana, ya lo sabes, ¿no?

—Sí, claro... Hasta ahora.

El tal Edward giró, y caminó hacia la puerta, desapareciendo un instante después. La señora Mona—han, por su parte, volvió a mirar por la ventana, hacia la niebla, y hacia el invisible sonido de las sirenas. Oyó rumor de voces; se discutía, por lo visto, en el vestíbulo de aquella residencia.

Luego, los pasos de Edward. Giró ella, dirigiéndose hacia su sillón del escritorio, dispuesta a acometer con el trabajo del día siguiente. No obstante, Edward, con cara de circunstancias, con un gesto de disculpa, dijo:

—Aún no se ha ido, señora Monahan... Es un tipo recalcitrante. Insiste mucho; afirma que es muy importante.

—Edward... ¿no eres capaz de cumplir una orden mía? —inquirió, secamente, la dama.

—Claro que sí... Sin embargo, creo que...

—Échale de aquí. Dile que está en un error, que no vuelva más. ¿Qué estás esperando?

Edward respiró hondo. Asintió con la cabeza, y desapareció de nuevo. La dama se sentó en su escritorio, pero sólo fue un instante; oyó voces más vivas, y fue de nuevo a la ventana; desde allí, vería salir al hombre que insistía tanto en verla. Las voces se iban apagando, y vio a tres hombres en el viejo jardín. Por lo visto, Edward había necesitado ayuda, y allí estaba también Nobby, para, entre los dos, echar al intruso.

Por fin, el tipo se alejaba, con furiosa zancada.

Y Donna Monahan le observaba, notando una contracción en el corazón; no era un impetuoso latido, no. Tampoco era algo cálido ni frío... Era una garra opresora; un instante en que el corazón pareció querer detenerse. Luego, nada; nada más. Olvidado.

Hasta que desapareció el tipo, Donna no se movió de junto a la ventana. Y cuando tomó de nuevo asiento, Nobby y Edward ya estaban en el despacho, un poco hoscos, mirándola.

—Bien... se largó—rezongó Edward.

—Está bien, ha sido un incidente sin importancia.

—No sé... Señora Monahan, era tan evidente el interés de ese hombre, que tal vez haya sido una imprudencia renunciar a verle...—dijo Edward—. Nuestra posición aquí no es tan firme como para

permitirnos ciertos lujos.

Con claro asombro, la dama miró a Edward.

—¿Por qué dices que nuestra posición aquí no es firme? —inquirió.

—He querido decir que al no estar en nuestro terreno...

—Eso poco importa. No obstante... prefiero que luego no me culpéis, si se produce algún error... Ese hombre que acaba de marcharse, Edward, no tiene absolutamente nada que ver con nuestros asuntos.

—¿Por qué está tan segura?

—Es... personal. Ya digo que, sin embargo, haré algo que tal vez te tranquilice. Nobby...—miró al tipo bajo y delgado, de cabello gris como los ojos, que había permanecido silencioso en todo momento—. Sigue a ese hombre, Nobby.

Tranquilo, prudente, y una vez le tengas localizado, regresa. ¿De acuerdo?

—¿Cree que eso es suficiente, señora Monahan? —inquirió Edward.

—¿Por qué no? Si se presenta alguna dificultad, y no sabemos con quién relacionarla, teniendo localizado a ese hombre tal vez lleguemos a alguna conclusión. Me parece suficiente, y es todo. Por favor, Nobby, síguele. Supongo que habrá llegado con algún coche.

Nobby, silencioso, se largó del despacho. Edward y la señora Monahan se miraban; hasta que oyeron partir a Nobby. Entonces, ella dijo:

—Siéntate, Edward.

—De acuerdo... Usted ya sabe que no me asusto, señora Mo...

—Si te asustaras, no estarías a mi lado, Edward —cortó ella, secamente—. Vamos a preparar la visita de mañana. Estoy segura de que de su éxito dependen muchas cosas. Y para obtener el éxito, hay que hacer las cosas bien. Es obvio, ¿no? No obstante, me gusta insistir sobre ese punto. Todo bien hecho. El programa empezará en el «cocktail» que se celebrará en el salón de míster Michener...

* * *

Era muy notable la ira de aquel tipo. Hasta cierto punto, cualquier persona imparcial, hubiese admitido como lógica la negativa de la señora Monahan, la millonaria señora Monahan, a recibir a aquel tipo, poco menos que un pordiosero.

Se trataba de un hombre de cuarenta y tres años, espigado, con el cabello rojo, descuidado; sus ropas eran ya muy usadas; pantalón oscuro, y jersey de cuello alto, muy dado. Tenía grietas en los zapatos, y una vieja cazadora completaba el atuendo. Una cazadora de la que estaba extrayendo cigarrillos. Encendió uno, y caminaba hacia el puente que une Wards Island con Manhattan; había dejado su modesto y viejo

«Riley» junto al puente.

Fumaba, tratando de tranquilizarse, y caminaba con zancada larga, con una mueca en su rostro, como si estuviera soportando alguna tortura. Debía ser así... Su mueca, su mirada, su gesto casi desesperado...

Llegó junto al coche, abrió la portezuela, y tiró la cazadora a los asientos traseros. Luego, se situó frente al volante, con el cigarrillo entre los labios, un tanto pálidos. Se arrugaba su frente; se notaba cierta humedad en ella, y cuando las manos tomaron el volante, los nudillos blanquearon.

Por un instante, pareció que iba a saltar del coche, para regresar a la quinta.

Incluso arrojó la colilla, pero luego meneó la cabeza y quedó quieto, aferrado al volante. Iba a poner el coche en marcha, cuando un ligero rumor le hizo mirar hacia la izquierda. Se sobresaltó. A una yarda, un tipo sonriente le estaba apuntando con una automática. Miró a su derecha, y vio al segundo hombre.

Tragó saliva, antes de inquirir:

—¿Qué queréis? Déjame tranquilo, Brecker...

—¿Nos invitas al paseo, Ben?

—Mira...

—No seas descortés, querido. Hemos pinchado, y necesitamos regresar a casa. Por cierto... estás muy viejo, Ben. Se diría que cada año que transcurre surte en ti el efecto de dos. ¿No, Grey? ¿No está muy viejo?

—Debe ser el susto—sonrió Grey, el que estaba a la derecha.

—Tal vez... Sube Grey. A su lado. Ya verás cómo Ben agradece tu compañía. Grey se metió en el «Riley», junto a Ben Keller, sin dejar de apuntarle con su automática. Luego, sin abandonar su sonrisa, Brecker hizo otro tanto, ocupando el asiento trasero, que le dejaba justo a la espalda de Ben Keller, que estaba realmente estremecido.

—En marcha, Ben—se oyó entonces más seca la voz de Brecker.

—Escuchad... vosotros ni siquiera podéis entender lo que...

—¿Por qué te permites dudar de nuestra capacidad mental, querido? Tal vez te consideras más listo que nosotros, ¿eh? Me pregunto cómo podrías demostrarlo... Hasta ahora, no lo has conseguido, Ben.

—Es que... se trata de algo muy distinto a lo que imagináis...

—¿De veras? ¿No has estado a ver a la señora Monahan?

—Sí; he estado, pero...

Se calló.

Brecker, casi delicadamente, le colocó la punta de la automática en la nuca, y hurgó un poco.

—Vamos, sigue, Ben —musitó—. Pero, ¿qué?

—Ella...

—Ella, ¿qué? Suéltalo de una vez. ¿De qué habéis estado hablando, Ben?

—De nada.

—Oh... sigues el camino del infierno, Ben...

—He dicho que no hemos hablado, Brecker. En realidad... no ha querido recibirme. Os lo juro. He insistido, he estado a punto de liarle a puñetazos incluso, pero... no he conseguido mi objetivo; no la he visto... Es la única verdad. Se niega a recibirme.

Brecker y Grey cambiaron una mirada, que fue captada por Ben Keller, con cierta ansiedad en sus pupilas.

—¿No me creéis? —musitó.

—Es que eso nos hace tan felices, Ben, que... la verdad, estamos a punto de no creerte—dijo Brecker—. Nerón dijo que la felicidad nunca es completa.

—Fue Pitágoras—rezongó Grey.

—Ya basta de burlas...—musitó, sudando, Ben Keller—. Os juro que ella no ha querido recibirme. Y... si queréis comprobarlo, sabréis que es algo personal lo que me ha traído aquí... Es algo que no importa a nadie... Sólo a ella y a mí. Estad tranquilos, y decidle a...

—Pon el coche en marcha, Ben.

—Dejadme partir solo. Si... es que molesta el que yo desee ver a... a ella, no insistiré. Es más, me iré de Nueva York.

—Arranca...

La pistola hurgó con más fuerza en la nuca rojiza de Ben Keller, quien, silencioso, estremecido, con los músculos agarrotados, tuvo que obedecer. Puso el motor en marcha y maniobró en el «Riley», dejándole enfilado hacia la entrada del puente. Dejó la mano a dos coches que circulaban rápidamente, dejando atrás un ramalazo de luz, y luego empezó a rodar a escasa velocidad.

—¿Adónde debo ir? —musitó.

—Roosevelt, hacia el sur, siempre hacia el sur; hasta donde veas los más sucios muelles—dijo Brecker.

—Eh, maldito seas—gruñó Grey—, no cierres los ojos... ¿Agarro yo el volante, Brecker?

—Déjalo; las cosas están bien así. De todos modos, si vuelve a cerrar los ojos, despiértale; ya sabes.

—Descuida...

Ben Keller, muy asustado, lívido el rostro, sin fuerza apenas en las manos, atravesó el puente y tomó la Franklin D. Roosevelt, hacia el sur, bordeando todo el litoral este de la isla de Manhattan, con sus puentes, sus luces, el East River a la izquierda, con su neblina, sus aguas turbias, su humedad... Al otro lado, Queens. Todo era vida en torno. Vida... Ben

Keller ni siquiera le encontraba ya significado a aquella palabra. Vida...
¿Desde cuándo no vivía él?

—Un poco más rápido—rezongó Grey—. Es un paseo, de acuerdo, pero personalmente prefiero un poco más de velocidad.

—Escucha, Brecker—dijo Ben.

—¿Qué?

—Es verdad que no me ha recibido. Ella, pues, no tiene la menor noción de ciertas cosas que yo, si bien hubiera podido explicarle, no pensaba hacerlo. Yo sólo quería de ella... un poco de compasión... Tú has de entenderlo. Y no creo que sea justa mi sentencia de muerte, por el mero hecho de buscar un poco de compasión en una mujer... ¿Me creéis tan imbécil como para decirle toda la verdad?

—Eres peligroso, Ben lo siento... —dijo Brecker—. Hasta ahora, no has molestado. Además, estabas bien oculto. Casi te habíamos olvidado. Pero... has cobrado actualidad, del modo más inesperado. Repito que lo siento.

—¿No podría hablar con...?

—Con nadie. Aprieta un poco más el acelerador.

No vamos a estar toda la noche aquí, en la avenida, Ben. Al llegar a la altura de la 57, te vas hacia los muelles.

—Pero...

—Tampoco queremos oírte, Ben. Por lo visto, hoy es tu día negro. ¿Qué se le va a hacer? Hay quien el día negro lo salva con cierta tranquilidad, pero... hay quien no puede superarlo. Eso es... por la 57. Acércate a aquellos tinglados. Eso es... Frena ya.

El «Riley» se había metido entre unas pilas de sacos y cajones, y se detuvo, apagándose todas las luces. Los tres hombres que estaban en el interior se veían entre claroscuros, debido a las mortecinas luces de los buques pegados a los muelles, y algunos faroles que bordeaban los muelles. Las luces del Queensborough Bridge apenas llegaban hasta allí.

—Bien... Hemos llegado, Ben—murmuró Brecker.

—Aún tengo algo que decir...

—Si no has hablado con ella, poco importa, Ben.

—Sí, eso es cierto, no hablé con ella... Pero vosotros sabéis de la curiosidad de las mujeres. Sabéis que ahora se ha negado a recibirme, pero ella conoce mi existencia, y puede que...

—Estúpido; te estás condenando tú mismo—rezongó Brecker—. Si lo que tratas de hacernos comprender es que ella puede buscarte, es una razón más para que desaparezcas de este mundo repugnante. Y ya basta. Sal del coche. Grey.

Grey saltó del vehículo, y rodeó el morro, y recibió a Ben Keller cuando éste, cansadamente, con el terror en las pupilas, apareció en el exterior. También Brecker abandonó el coche, y los tres hombres, como

dando un paseo entre niebla y humedad, se acercaron al borde del muelle, desde donde las manchas de grasa en el agua superficial eran mucho más visibles.

Ben Keller, al llegar al borde del muelle, se permitió un gesto de rebeldía. Él no iba a morir sin...

Grey obedeció a muda orden de Brecker.

¿Para qué perder más tiempo?

La automática de Grey entró en acción antes de que Ben coordinara sus ideas. Dos balas le penetraron por debajo del brazo izquierdo, empotrándose en su corazón; estaba cayendo de costado, cuando Brecker, inmutable el rostro, le empujó.

Hacia el agua, claro.

Se produjo el chapoteo, y eso fue todo.

Brecker y Grey, convertidos en sombras móviles, estaban desapareciendo por entre pilas de mercancías.

Una linterna estaba buscando por entre la bruma, pero era ya tarde. Y aquellos dos sonidos podían ser cualquier cosa... Por tanto, el guarda dejó de preocuparse.

* * *

El tal Nobby, tranquilamente, lo dijo:

—Le han asesinado, señora Monahan.

Ella, por unos instantes, quedó muy quieta. Su mente registró, de un modo fugaz, la imagen de Ben Keller, alejándose de la casa, por el viejo jardín.

Y recordaba muy bien aquella contracción de su corazón...

—¿Estás seguro, Nobby? —musitó.

—Fue en los muelles de la calle 57. Bien... sólo puedo decirle que eran dos hombres. Les reconocería si volviera a verles, pero eso es todo; desconozco más datos o detalles.

—Bien...

Edward miraba, alterativamente, a Nobby y a Donna Monahan. Dijo.

—Debió escucharle, señora Monahan.

—¿Para qué? Sé lo que iba a decirme—musitó la dama.

—¿Sábelo...?

—Sí... Asunto zanjado... Es curioso, muy curioso, pero aquí termina algo que no debió empezar. Nada más sobre ese hombre. Ni una palabra; nada que vuelva a recordarlo. ¿Comprendido? Y ahora, Edward, ve pensando sobre todas las cosas que debemos hacer mañana. Yo... estoy un poco fatigada. Me iré a dormir. Buenas noches.

Se puso en pie.

Los dos hombres la miraban, en silencio. La vieron caminar hacia la puerta; erguida, con paso elegante, muy femenino, con su extraño atuendo morado... Edward también se puso en pie, y miró a Nobby.

—¿No pudiste evitarlo, Nobby? —inquirió—. Interrogar a ese...

—Ya la has oído, Edward: olvídale.

—Sí... Ya es bastante tarde; a la cama.

Capítulo II

HABIA animación en el salón de desfiles de la joyería de míster Michener, enclavada en el 560 de la Quinta Avenida de Manhattan. Una animación discreta; unos murmullos apagados. La admiración no hay por qué manifestarla con gritos; basta que se acentúe el brillo de las pupilas, con un simple y ligero gesto.

Las luces en el salón eran muy intensas, de modo que quedara realzado el brillo natural de las magníficas joyas que iban desfilando. Todo estaba ocupado por mesitas redondas, con el «cocktail» a medias; sonaba música suave, y la modelo era siempre la misma. Una espléndida mujer, de misteriosos ojos negros y porte muy elegante. Las joyas, en su cuello, en sus brazos, en sus manos, cobraban mayor realce. Y la admiración, en el caso del sexo masculino, no siempre se centraba en las joyas, que la modelo, sin permitirse ni una sola sonrisa, desfilando como si efectuara un rito, mostraba, con elegantes vestidos: de noche, de tarde, de mañana, de «cocktail»...

En una de las mesitas, la señora Monahan miraba fijamente a la modelo. A su lado, un caballero de cabello blanco, rostro perfectamente rasurado, y aun terso, vestido de «smoking», con sobria elegancia, miraba también, con cierto orgullo, todo aquello.

Acabó de pasar un collar de diamantes y platino, y hubo aplausos. Se retiró la modelo, y se iniciaron las conversaciones, en tanto aparecía con una nueva joya. El caballero que estaba junto a Donna Monahan la miró, sonriendo cortésmente.

—¿Y bien, señora Monahan? —inquirió.

—Confieso que me ha impresionado, míster Michener—musitó ella.

—Eso me parece simplemente un halago—sonrió míster Michener—. No creo que en Amsterdam estos desfiles tengan menos, realce.

—Se trata de las joyas en sí... Quisiera expresarle un deseo, pero... casi no me atrevo.

—Oh, vamos, se lo ruego, señora Monahan...

Ella miró al hombre a los ojos.

—Entonces, si me lo permite...

—Claro que sí.

—Se trata de sus joyas antiguas, señor Michener.

—Bueno... me honro con poseer una valiosa colección. Aparte de su

valor intrínseco, cuenta la antigüedad, el magnífico dibujo, el precioso tallado de las piedras... Señora Monahan, será para mí un orgullo, un placer, mostrarle mi colección de joyas antiguas. ¿Por qué no?

Donna sorbió un poquito de «cocktail».

Vaciló.

Míster Michener la miraba atentamente, con cortesía.

—Señor Michener... usted sabe bastante de mí; es, hasta cierto punto, lógico, teniendo en cuenta nuestras actividades, similares. Yo, en Europa, hago lo mismo que usted aquí. Pero... seguramente, no le he contado mis proyectos, que, posiblemente, no sean de su agrado. Es... quizás una tontería, algo que puede estar abocado al fracaso, pero no deja de ser una idea nueva... en lo que a mí concierne, al menos.

—Me encantan las ideas nuevas, señora Monahan —dijo míster Michener—. Por supuesto que me gustaría oírlas.

—Puedo escandalizarle.

—Lo dudo... En todo caso, cualquier idea me parece muy respetable. El llevarla o no a la práctica, es distinto.

—Entre otras cosas, señor Michener, mi estancia en Nueva York se debe al deseo de adquirir joyas antiguas, precisamente—dijo Donna.

—Es un deseo lógico, señora Monahan—dijo Michener—. ¿Eso es lo que debía escandalizarme?

—No, no... No es eso. Falta decir cuál es mi verdadero propósito al adquirir esas joyas.

—Muy bien; la escucho.

—Es muy difícil imitar esas joyas antiguas, ¿no es cierto, señor Michener? —inquirió Donna.

—Mucho. Cada una de ellas fue construida con auténtico cariño. Y no me diga que lo que pretende es reproducir esos modelos únicos.

—No, no... Legalmente, podría hacerlo. ¿Por qué no, siempre y cuando advirtiera a mis clientes? No obstante... no es eso lo que me propongo, señor Michener. Usted, sin duda, sabe que todo es susceptible de ser perfeccionado. ¿No es así?

—Pues sí... Pero las joyas...

—También. En síntesis, ese es mi propósito. Quiero... siento el deseo está mejor dicho, de tener algunas joyas, para trabajar sobre ellas, para perfeccionarlas, para convertirlas en auténticas obras de arte, del siglo XX. Es cuestión de visión actual de lo que debe ser una joya, señor Michener... ¿No cree que esas antigüedades resultan muy recargadas? No son joyas de lucimiento, sino de exposición... ¿Por qué no satisfacer los deseos de muchas damas, que esas mismas joyas, convenientemente transformadas, las lucirían con auténtico placer? Bien... ya le digo: es una visión actual del arte... y, no puedo ocultarlo, también una visión de hoy en el aspecto comercial.

Míster Michener parecía no poco vacilante.

—Tal vez conseguiría un éxito comercial, señora Monahan—dijo—. Hay muchos «snobs» que adquirirían sus transformaciones, no lo dudo, pero... el arte... Estoy seguro de una cosa: el arte se resentiría. Tal vez usted tenga razón: esas joyas antiguas están muy recargadas y no son modelos de lucimiento. Sin embargo... yo siento un profundo respeto por sus orfebres... Temo que sea un simple prejuicio, pero...

Donna sonrió levemente.

—Le entiendo—dijo—. Se celebra mucho una frase de Einstein al respecto. Einstein dijo que costaba mucho más desintegrar un prejuicio que un átomo... Creo que estaba en lo cierto.

—Y yo...—suspiró míster Michener—. Señora Monahan: con gran placer, la invito a visitar, privadamente, mi colección de joyas antiguas. Lo que no puedo prometerle es que obtenga de mí facilidades para la adquisición de alguna de ellas...

Donna sonrió discretamente. Resultaba curioso que no llevase encima ni siquiera un anillo... Un vestido morado era todo.

—No insistiré, señor Michener, no tema—dijo—. No obstante, acepto su amable invitación para contemplar su colección.

—Esta tarde, a las seis. ¿Le parece bien?

—En efecto. Cuento con mi presencia.

—Señora Monahan... quiero agregar algo... Es cierto que, personalmente, me... horroriza—sonrió—, su idea. No obstante, sepa que entiendo lo que usted propone. Me parece incluso una buena iniciativa. Esas joyas antiguas incluso adquirirían mayor valor... Pero yo desestimo el aspecto comercial, en lo concerniente a ellas. Tal vez haya alguien que sí esté dispuesto a... soportar, permítame la expresión, esas transformaciones. No se les debe negar a los orfebres de hoy su mérito... También existen buenos artistas.

—Sin duda. Pero, repito, no le molestaré con insistencias al respecto. Es básico, en todo momento, respetar a los demás... sus opiniones, sus convencimientos... ¿No es así?

—En efecto, señora Monahan.

—¿Sabe?, tengo en proyecto establecer en Manhattan una sucursal de mi casa de Amsterdam.

Míster Michener rió y dijo:

—Lo siento por la competencia. No obstante, sería un placer verla a menudo, señora Monahan.

—Es casi seguro... Expondré mis propios trabajos, mis propias joyas... Y no renuncio a esas transformaciones de joyas antiguas. Por el momento, deseo conocer a fondo Nueva York, en el aspecto relativo a nuestra profesión.

—Lógico; eso es imprescindible...

—Y tal vez necesite el apoyo de un socio.

Míster Michener miró los ojos de un azul muy claro de Donna, no poco intrigado.

—¿Acaso... ha pensado en mí, señora Monahan? —musitó.

—Ya hablaremos de ello. Han anunciado un nuevo desfile...

—Si... Está bien; iré reflexionando. No me gusta estar desprevenido —sonrió míster Michener.

Callaron entonces.

Ya estaba en la pasarela la exótica modelo, que vestía de blanco, con una abertura en la falda, larga hasta los pies; una abertura que permitía la visión de su pierna, perfectamente torneada, muy blanca. Llevaba una peluca rubia en aquella ocasión, dado que la joya lo requería.

—Es una extraordinaria modelo—musitó Donna.

Míster Michener miró, como asustado, a Donna.

—Por favor... no me diga que piensa ofrecerle el doble que yo. Sin ella, esas joyas pierden un veinticinco por ciento de su atractivo...

Donna sonrió.

—No tema, señor Michener—dijo—. Además, no tengo casa para ofrecer desfiles. Y... si no llegásemos a un acuerdo, seremos competidores, es cierto, pero leales. Es mi punto de vista. Sin embargo, pienso que sería interesante escuchar la opinión de esa dama, en cuanto a mis proyectos... ¿Cómo se llama?

—Zella Winters.

—Si ha de molestarle que yo la...

—Por favor; fue una broma—sonrió míster Michener—. Usted puede visitar a Zella cuando quiera... al menos, yo no pienso poner traba alguna. Soy partidario de lo que usted ha dicho: competencia leal. Es el libre comercio, ¿no?

—Claro... ¿Dónde vive miss Winters?

—En el 890 de Columbus Avenue—suspiró míster Michener.

—Gracias.

Y ya, poco después, terminaba el desfile. Los asistentes al «cocktail» fueron dejando tarjetas, requiriendo a míster Michener, y todo ello dejó un poco aislada a Donna Monahan la cual, no obstante, había puntualizado su cita para aquella tarde. Era todo. Abandonó el salón, y poco después estaba en la animada Quinta Avenida, casi frente a Central Park. Tuvo que atravesar la avenida, para dirigirse al «parking» donde Nobby la estaba esperando, metido en el coche, un flamante «Roadmaster», de la casa «Buick».

Nobby abrió la portezuela de atrás, estirándose.

La miró.

—¿Cómo ha ido, señora?

—Bien, Nobby.

—¿Y Edward?

—Supongo que no tardará en llegar.

Donna extrajo de su bolso un paquete de cigarrillos, y encendió uno. Miraba hacia el paso de peatones de la Avenida, y poco después vio a Edward, que se acercaba rápidamente. Edward, un instante más tarde, se acomodaba junto a Nobby, en silencio.

—En marcha, Nobby—dijo Donna.

Nobby puso el motor en marcha, y maniobró, saliendo del «parking» y tomando la Quinta Avenida hacia el Norte.

—¿Qué hay, Edward? —inquirió Donna.

—Bueno... nada especial. Yo no lo he visto, al menos.

—Está bien, no hay que pretender que la gente sea idiota. De momento, las cosas no van mal. Mi acercamiento a míster Michener es ya una realidad. Y hay cosas tan interesantes como esa, en perspectiva. Podemos considerar, dentro de todo, que hemos tenido suerte.

—Yo no veo...

—Hablabamos después del almuerzo, Edward. Por el momento, recordad bien estas señas: 890 de Columbus Avenue, y este nombre: Zella Winters. Y tampoco hay que olvidar que a las seis en punto, yo debo estar en la mansión de míster Michener, para tener el placer de contemplar sus joyas antiguas... y observar su casa; todo lo que le rodea.

—¿Y nosotros? —inquirió Edward.

—Ya pensaré algo... Me interesa, como sabéis, Zella Winters, la modelo. Gracias a ella estamos pisando firme... creo yo.

* * *

Aquella era Zella Winters.

Estaba en su apartamento de Columbus Avenue, y tras una siesta reparadora de energías, se disponía a tomar una ducha. Estaba ataviada como para eso, al menos. Es decir: con su propia piel. Linda piel, por cierto. Una piel blanquísima, pero no se notaba la menor arruga, la menor vena; nada. Un blanco excepcional. Todo en fino, en calidad. Todo proporcionado. Senos firmes, caderas bien dibujadas, cintura muy estrecha, piernas largas, rectas...

Y llevaba un gorrito para la ducha, eso sí. Su cabello natural era negro, como los ojos.

Los ojos... Era como si en el fondo de sus pupilas estuviera el misterio que todo el mundo busca... Y era como si ella lo ocultase...

Caminaba hacia el cuarto de baño.

Un caminar elegante, perfecto.

Como si una escultura hubiese cobrado vida.

Iba a empujar la puerta del baño, cuando sonó el teléfono.

Zella Winters se volvió; estuvo a punto de ignorar el zumbido del aparato, pero tras su vacilación, optó por dirigirse hacia él. Lo tomó, y se dejó caer en un mullido sillón, enfrentado a la ventana, con vistas a un lago de Central Park, casi solitario a aquellas horas. Además, bastante lejano; lo veía por la altura de su apartamento.

—¿Sí? —inquirió Zella, con voz grave.

—¿Miss Winters?

—Yo soy.

—Me presentaré. Edward Flowers, apoderado de la señora Monahan, de Amsterdam Tal vez no haya oído hablar de...

—La conozco. No personalmente, pero basta pertenecer a mi círculo y leer alguna revista de actualidad, señor Flowers. ¿Desea algo especial?

—Seré breve. Hubiese ido a visitarla personalmente, pero he temido ser inoportuno. Se trata, simplemente, de que la señora Monahan desea hablar con usted.

—¿Conmigo? —ella se miraba las uñas de los pies—. ¿Por qué?

—Tal vez ella lo pueda explicar con más detalles, miss Winters. ¿Puede visitarla a las nueve, esta noche? Si no trastorna sus...

—Supongo que, aunque sólo sea por cortesía, debo acceder—cortó Zella—. Dígame sus señas.

—Circle Avenue, Wards Island.

—Está bien. A las nueve.

—Si no es molestia...

—No importa. Estaré allí, señor Flowers.

—Se lo agradecemos, miss Winters.

—Buenas tardes.

Zella colgó el teléfono, y permaneció unos instantes hundida en su sillón. Agarró un paquete de cigarrillos, y pospuso la ducha, para fumar y pensar. Por lo visto, no todo era agradable, y tras terminar el cigarrillo, se dio prisa. Se duchó, se puso un minivestido verde, con postizo de pedrería en el cuello, plateado, y zapatos del mismo tono, de tacón mediano y grueso; se echó un ligero abrigo por encima, y sin tan siquiera pasarse una capa de «rouge» por los labios, abandonó su apartamento.

* * *

En el despacho, esperando, estaba Edward Flowers. Nobby había ido a abrir a la señora Monahan, y poco después los tres estaban reunidos en el despacho. Con su vestido morado, con los ojos brillantes, Donna se

sentó, precariamente, en el borde de la mesa escritorio, mostrando las piernas por encima de las rodillas. Piernas morenas, quemadas también por el sol, pero bonitas.

—¿Cómo ha ido, Edward? —inquirió.

Edward dijo:

—Aceptó la cita. A las nueve... dentro de quince minutos, estará aquí. Ahora, te toca hablar, Nobby.

Nobby aplastó la colilla en el cenicero, y dijo:

—Edward la llamó a las cinco menos cuarto. Y ella salió del apartamento a las cinco y diez, con evidente prisa. Ignoro si tiene coche, pero tal vez por la prisa tomó un taxi. La seguí, naturalmente.

—Entonces, mi plan de que tú estuvieras allí cuando Edward la llamase ha dado resultado, ¿eh? —dijo Donna.

Nobby hizo un gesto de duda.

—Eso no se sabe aún—dijo—. Lo que sí puedo afirmar es que salió con prisas, se metió en un taxi, y la seguí hasta el 300 de Madison Avenue. Es una casa antigua, con escalinatas de imitación de mármol, y una sola planta. Parece sólida. En fin, eso importa poco. Estuve esperando mucho rato, y ella no salía. Pensé que, lógicamente, ella pensaba estar allí todo el rato. Y para evitar incidentes, me puse en marcha de regreso hacia aquí.

—Está bien, Nobby. Ha sido un buen trabajo el vuestro...

—Por la guía, tenemos el nombre del propietario... o usuario, de esa casa—dijo Edward—. Se llama Ashley Manning... No hay indicación especial alguna; sólo el nombre.

—Me parece suficiente, por ahora.

—Muy bien... ¿Y a usted, señora Monahan?

Donna sonrió levemente.

Con la falda trató de taparse las rodillas, inútilmente; aún subió un poco más, en realidad. No le importó. Y dijo:

—He visto todo lo que rodea a míster Michener. De momento, eso es todo. No quiero precipitarme. Ni con Michener, ni con Zella Winters. Parece que estamos en el mejor camino, y no quiero errores.

—Entonces, ¿la entrevista con Zella...?

—Será un simple tanteo; una inofensiva conversación—dijo Donna.

—Bien...

Nobby opinó:

—A mí me inquieta la muerte de aquel hombre... Todo iría mejor si no hubiese estado aquí, y...

—Nobby: de una vez para siempre, olvídale. Te aseguro que por su causa no surgirán complicaciones—cortó, secamente, Donna—. Y ahora, debemos prepararnos para recibir a miss Zella Winters. Nada de

insinuaciones ni sugerencias. Una simple conversación sobre joyas antiguas, y posibilidades de transformación. ¿De acuerdo?

El silencio significaba asentimiento.

—Pasaremos al salón, entonces—dijo Donna.

Capítulo III

CUANDO se abrió la puerta del despacho, el hombre que había estado sentado en un sillón, ojeando la calle, se puso en pie. El recién llegado miró al que esperaba, y dijo:

—Acércate, Lorne. Siento haberte hecho esperar.

Lorne Bruster, en silencio, se acercó al escritorio del inspector Driscoll, del F.B.I. Se sentó lo más cerca posible, y miró el «dossier» que el inspector acababa de dejar sobre la mesa. Driscoll se sentó, se pasó una mano por el cano cabello y gruñó:

—Nunca descansan esos malditos, Lorne...

—¿Qué ha sido, señor?

—Bueno, no nos precipitemos... De momento, un asesinato.

Y miró a Lorne, cuyo rostro anguloso permanecía sereno, inalterable. Lorne Bruster era un tipo cuya expresión despertaba poca simpatía. Casi hosco, con los ojos color bronce casi siempre fijos en algo, la boca muy firme, el ceño muy poblado. Un tipo alto, de hombros huesudos; su traje parecía colgar de algo mal hecho, pero a cualquier gesto de Bruster, esa impresión se desvanecía.

—Atiende, Lorne—dijo el inspector Driscoll—. Te pondré rápidamente al corriente del asunto. Esta madrugada, una dragadora ha sacado un cadáver del East River. Simple casualidad. De todos modos, ese cadáver, dentro de poco, hubiese flotado, ya que no llevaba lastre alguno. El cuerpo presentaba dos balazos bajo el brazo izquierdo, que le destrozaron el corazón; esa fue la causa de su muerte. Se le ha practicado la autopsia...

—¿Todo eso nuestros servicios, o...?

—No. La Metropolitana.

—Siga, señor.

—Las dificultades para la Metropolitana, llegaron en el momento de la identificación. El muerto no llevaba encima documentos. Por consiguiente, para no molestar demasiado, solicitaron la colaboración de nuestros archivos. Y... ya sabes: Washington es un pozo de basura. Nuestros archivos de allá, vamos...—sonrió levemente—. Se envió una fotografía del cadáver, y huellas digitales. Resultado Benjamín Keller.

—Por tanto, tenía antecedentes.

—Sí...

—Y algo de la jurisdicción del F.B.I., ya que, al parecer, proseguimos nosotros el caso.

—Maravillosa deducción. De todos modos, los antecedentes de Benjamín Keller no son del todo claros. No pasa de ser sospechoso... ya hace demasiado tiempo, además, de trata de blancas. Eso es lo que hay, Lorne: Hace veinte años, a Benjamín Keller se le interrogó, se le retuvo, se le formó proceso, por sospechoso de trata de blancas.

Lorne Bruster asentía con la cabeza.

—Bien... ¿existe alguna prueba de que haya resucitado el asunto de...?

—No. No, Lorne. No tenemos nada. Sólo sabemos que ese hombre ha sido asesinado. Le dispararon a media yarda de distancia, bajo el brazo izquierdo; al corazón. No obstante, sí se teme que resucite algún asunto de trata de blancas. Esa es la razón por la cual desde Washington nos han ordenado proseguir el caso; pasa a la jurisdicción del F.B.I. Y, concretamente, a tus manos.

—De acuerdo. ¿Algún dato más? Con sólo un nombre...

—Datos personales: Benjamín Keller tenía cuarenta y tres años. Nació en Saint Charles, Missouri. Y, como te digo, su único antecedente consiste en ese proceso, tal vez infundado, ya que se le declaró inocente por trata de blancas. En cuanto a otros detalles importantes... Veamos.

Abrió el «dossier», y empezó a extraer papeles.

Entre ellos, una tarjeta, que el inspector observó, pensativo.

La retenía entre sus dedos, cuando dijo:

—En los muelles de la calle 57 se encontró abandonado un viejo «Riley». Dentro, había una cazadora. Y, en un bolsillo, esta tarjeta. La Metropolitana no ha tenido tiempo de relacionar los descubrimientos. Nosotros, sí. Y estamos trabajando desde muy temprano. Se tomaron huellas en el coche, y coincidían con las de Ben Keller. Por consiguiente, el coche era de su propiedad, o alquilado. Otra consecuencia que parece lógica: la cazadora hallada en el interior, le pertenecía. Y la tarjeta estaba en la cazadora. Aquí está.

La tendió a Lorne, quien echó un vistazo.

—Pensión «Cloud's», calle Barrow, 58; junto al Hudson si no me equivoco.

—Bien, así es, Lorne.

El agente especial asintió con la cabeza; guardó la tarjeta en un bolsillo de su chaqueta.

—Tenemos pues, a un hombre con posibilidades de estar mezclado en un asunto de trata de blancas, que ha sido asesinado. Aparte de sus escasos datos personales, tenemos como única referencia, las señas de esa pensión. Tal vez se alojaba en ella, o tal vez no. Eso hay que verlo.

—Así es, Lorne. Cuando quieras.

—Me pregunto si alguien se habrá adelantado, y efectuado un registro...—murmuró Lorne.

—No sé... La verdad es que no se molestaron mucho con él, Lorne. Ni le lastraron siquiera. Todo parece indicar que lo único importante era matarle... No les importó a sus asesinos, o asesino, nada más. Matarle. Ni le quitaron la tarjeta, ni hicieron otra cosa que empujarle al río.

—Es curioso... Supongo que no le asesinarían por mero capricho.

—Es dudoso, Lorne.

El agente especial se puso en pie.

—Iniciaré ahora mismo las investigaciones—dijo.

—Mark te está esperando en un coche. Suerte

Lorne Bruster salió del despacho del inspector, y unos minutos más tarde estaba encendiendo un cigarrillo, junto a su compañero Mark Sheridan, situado frente al volante. Mark inquirió:

—¿A dónde, Lorne?

—Al 58 de la calle Barrow.

* * *

Lo que esperaba Lorne: una pensión barata.

Hizo un gesto, y junto a Mark se encaminaron hacia el portal. Subieron al primer piso, de un edificio lóbrego, húmedo, con olor a río. Había una puerta entornada, que tenía el rótulo de la pensión. Lorne la empujó, y se coló en el vestíbulo, solitario. Todo estriba en cuatro sillas adosadas a una pared, y a una cabina donde estaba toda la administración.

Con su identificación en la diestra, Lorne se acercó al encargado, un tipo canoso, de mirada mortecina, que no se alteró al ver la placa de Lorne. Sólo se ajustó a una postura un poco más respetuosa, y murmuró:

—¿Puedo serles útil, señor Bruster?

—Eso esperamos. ¿Usted es Cloud?

—Sí...

—¿Qué sabe de Ben Keller?

—Lo único, que tengo la llave en el casillero. No es extraño a estas horas, pero sí que no haya pernoctado en la pensión... No suele hacerlo. Parece un tipo de... buenas costumbres, diría yo, pero no me hagan mucho caso. Primero: porque no le conozco lo suficiente. Segundo: porque, se diga lo que se diga, eso de las buenas costumbres depende de lo boyante del bolsillo...

Lorne miró a Mark, quien extrajo una fotografía del muerto.

La mostró a Cloud.

—¿Es él? —inquirió Lorne.

El tipo palideció; se inquietó.

—S-sí... Es... él. Yo... yo diría que era... He visto algunos muertos... Combatí en... —Está muerto, en efecto, Cloud. Asesinado.

—Vaya...

—¿Le asombra?

—Pues sí... Demonios, parecía insignificante... ¿Y quién mata a la gente insignificante, señor Bruster?

—Eso me parece razonable—sonrió, levemente, Lorne, haciéndose un poco más simpático—. Ahora, si no le molesta, puede hablarnos de Keller. Pero... no perderemos el tiempo. Puede hablar mientras nosotros echamos un vistazo al cuarto que ocupaba. Usted es testigo de nuestro registro.

—¿Un... registro...?

—Eso he dicho, Cloud. Es claro que podemos demostrarlo, si usted se empeña en ver un mandamiento judicial, pero...

—No. En absoluto, señor Bruster. Soy de los que tienen la conciencia limpia. Tomaré la llave, y les acompañaré.

—Gracias, Cloud.

El dueño de la pensión tomó la llave y abandonó su cabina. Hizo un gesto, y Mark abrió la marcha por el pasillo. Detrás, Cloud y Lorne. El de la pensión seguía hablando:

—...es verdad; todos son gente modesta. Pero no puedo seleccionar a mis clientes entre la aristocracia, señor Bruster. Así que me conformo con obreros de los muelles, que no tienen por qué ser mala gente. Ahí es... Tenga, señor.

Mark, silencioso, tomó la llave, abrió la puerta, y luego fue hacia la ventana, que estaba sólo entornada, dejando ventilarse el cuarto, modesto pero habitable. Mark abrió totalmente la ventana, dejando mayor paso de luz. No hizo falta, pues, la eléctrica. Y los dos hombres del F.B.I. vieron lo mismo: nada fuera de lo común. De todos modos, Mark, sin perder tiempo, se dedicó a un registro del «closed», observado por Lorne, quien, de paso, escuchaba a Cloud.

—... Keller, durante cerca de un año que vivió aquí, se comportó con toda naturalidad. Trabajaba en una empresa de transportes, como estibador; en estos momentos no recuerdo el nombre, pero lo buscaré... Les proporcionaré esa información. En cuanto a mujeres, aquí, al menos, ninguna, señor Bruster. Ni mujeres, ni amigos. Ya digo... un hombre insignificante. Y no sólo por eso, claro... Lo digo por... por todo...

—Está bien, Cloud. ¿Le vio últimamente apurado, o nervioso, asustado tal vez?

—No... Nada de eso... Sí que, ahora que lo menciona, estaba un poco raro. Yo diría que... excitado.

Una excitación extraña... Hace sólo unos días; y no me hizo la menor

confidencia, lo lamento.

—¿No ha recibido cartas, telegramas, algún objeto, giro postal...?
¿Ninguna relación de ese tipo?

—No... Nada de eso, señor Bruster.

—Me pregunto por qué iba sin documentos...

Mark, en aquel momento, se volvía hacia Lorne, mostrando una billetera.

—Esta puede ser la explicación, Lorne—dijo.

—Echa un vistazo.

—Debió olvidarla, ¿no? —rezongó Mark.

—Tal vez. O la dejó por algo. ¿Qué hay?

—Bueno... papeles. Sus cosas. Benjamín Keller, 43 años, soltero, nacido en Saint Charles, Missouri... Todo eso lo sabíamos ya. Aquí hay un recibo de su quincena... Ya tenemos el nombre y domicilio de la empresa en que trabajaba. A ver...

—Tiene doble fondo, Mark.

—Sí, es corriente... Aguarda, que estoy tocando algo...

Y lo extrajo.

Todos pudieron ver que se trataba de una fotografía. Ya amarilleaba, y tenía los bordes despuntados; muy vieja, con arrugas. La fotografía correspondía a una chica; a una joven bastante bonita... Detrás, había un sello, con tinta violeta, muy borroso ya; además, un número. Una fotografía corriente.

Lorne Bruster la examinaba, frunció el ceño silencioso, sin dejársela ver a Cloud, quien hacía esfuerzos, alargando el cuello. De pronto, colocó la fotografía ante los ojos del hombre, e inquirió:

—¿La ha visto alguna vez por aquí?

—No... Ya le dije que nunca le vi con chicas...

—¿Conoce a ésta?

—Lo siento...

—Está bien. Le firmaremos un recibo por todo lo que nos llevamos.
¿Hay algo más de interés, Mark?

—No.

—Redacta un recibo, y fírmalo; se lo entregas luego a Cloud.

—Está bien.

—Yo voy a salir inmediatamente, Mark. Iré a ver al patrón de Ben Keller. Tal vez pueda explicar algo interesante. Mientras, ocúpate de que la dama de esa fotografía sea identificada sin lugar a dudas. Ampliad ese retrato, y mandadlo por «velofoto» a la Delegación de San Luis. El pueblo de Ben Keller dista sólo treinta millas de San Luis, y me ha parecido, por el sello, que esa fotografía fue tomada allí, en Saint Charles. Demonios... no voy a perder más tiempo explicándote lo que ya

sabes. Quiero la identidad de esa mujer, y todos los datos que se puedan obtener, en un mínimo de tiempo.

—De acuerdo, Lorne...

—Toma un taxi, Mark. Necesito el coche.

—Estaré en la Delegación, Lorne.

—Hasta luego. Gracias por todo, Cloud. Si recordara algún detalle que le parezca interesante, no olvide llamar a la Delegación del F.B.I. Mi compañero le redactará el recibo.

—Sí, está bien...

Eso fue todo. Lorne Bruster ya estaba en marcha.

* * *

A las cinco de la tarde, Lorne Bruster penetraba en el despacho del inspector Driscoll. Se sentó frente a su superior, que le miró de un modo extraño.

—¿Qué hay, Lorne? —inquirió.

—Nada... Me he agotado interrogando gente. Los amos de la compañía en que trabajaba Keller; los capataces, compañeros... Nadie puede aportar un solo dato de interés; absolutamente nadie. Y lo peor es que mi impresión es la de que nadie miente. Todos se comportan con naturalidad, muestran un asombro lógico, y nadie finge sentir demasiado lo de Keller. Creo que por ahí se me ha cerrado el camino, señor. Tal vez la fotografía ayude a...

—Lo de la fotografía es algo sorprendente, Lorne.

Y miró hacia su carpeta.

Lorne miró también aquella ampliación, reconociendo inmediatamente a la chica de la vieja fotografía. Pero había algo más.

—¿Lee los chismes de sociedad, señor? —rezongó Lorne.

—No personalmente. Pero, a Dios gracias, siempre hay gente a la que gusta estar enterada de la actualidad. Echa un vistazo a esto.

Tendió una revista, «New Chronicle», a Lorne, quien la tomó, y buscó en aquella misma página; no buscó demasiado, ni tardó en hallar lo sorprendente.

Mirando un rostro que aparecía en aquella revista, alargó la mano, y el inspector depositó en ella la fotografía ampliada. Luego, Lorne, con ambas fotografías, estuvo haciendo comparaciones.

—¿Usted qué dice, señor? —inquirió.

—Bueno... se dan casos extraordinarios de sosias en el mundo, Lorne... A veces, he pensado que no me sorprendería demasiado encontrarme en las antípodas con mi doble exacto... Vayamos, de todos modos, a lo positivo. Tenemos dos fotografías, dos rostros casi idénticos,

salvando el tiempo, y ciertas modas femeninas. Uno de esos rostros, el juvenil, por decirlo así, es un misterio, hasta que recibamos noticias de San Luis. El rostro de la dama que aparece en la revista, no es ningún misterio. Se llama Donna Monahan, es viuda, muy rica, tiene una estupenda joyería en Amsterdam, y a poco que nos lo propongamos podríamos obtener su biografía completa. Bueno... quiero decir que debemos proponernos obtener su biografía, Lorne. No conviene precipitarse aún, aunque sea mucho pedir, teniendo en cuenta que, seguramente, las dos fotografías han sido tomadas a la misma persona, pero...

—Entiendo, señor.

—Tengo las señas de la señora Monahan. Ha entrado en el país por la puerta grande, y sus intenciones son bien definidas: quiere establecer aquí una joyería importante, a juzgar por su minucioso estudio de las exposiciones y posibilidades de Nueva York en ese aspecto. Todo limpio, a la vista. Pero...

Lorne asintió con la cabeza.

—Necesito una fotografía de Ben Keller... De cuando aún no...

—Aquí está, Lorne.

—Ya veo... Han ampliado la de alguno de sus documentos.

—Sí.

—¿Señas de Donna Monahan?

—Circle Avenue, Wards Island.

—De acuerdo... ¿Cree que tardarán mucho en informar desde San Luis?

—No sé... Puede que no haya nada que averiguar allí; en Saint Charles, quiero decir. O puede que haya demasiado. ¿Comprendes? De todos modos, ya es curioso que esa fotografía de la joven fuese tomada en Saint Charles, pueblo natal de Benjamín Keller. Pienso que puede ser una parienta de Keller, por ejemplo...

—Tal vez. Se la recordará por allí, en todo caso.

—Es de esperar, Lorne.

Lorne se puso en pie.

Estaba guardando la fotografía ampliada de la joven, y una de Keller, en un bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Balística puede aportar algún dato, señor?

—No creo que sea importante... Dos balas del nueve largo. Hemos enviado a Washington los proyectiles, y espectrofotografías de las huellas que dejan. Ya veremos. Es claro que podríamos esperar los informes de San Luis y los de Washington, pero... ¿por qué demorarnos? Correríamos el riesgo de llegar tarde.

—En efecto.

—Esa dama, la señora Monahan, es millonaria, Lorne. Es europea,

además; conviene guante blanco.

—Desde luego, señor.

—Está bien, puedes irte.

Lorne se dirigió hacia la puerta; el inspector hizo una mueca. Guante blanco... Se podía contar con Lorne, no cabía duda, pero lo de guante blanco era al principio, cuando Lorne no tenía pruebas concretas. Luego, resultaba un tipo incluso estremecedor...

Por su parte, Lorne estaba abandonando la Delegación, sin ocuparse de sí mismo. Pensaba en los dos rostros, correspondientes a las distintas fotografías. Bien... no eran dos rostros; estaba completamente convencido de que se trataba de una sola cara, de una misma mujer. Además, el tiempo transcurrido estaba de acuerdo.

Capítulo IV

AL oír la llamada en la puerta de su dormitorio, Donna dejó de mirarse al espejo. La verdad es que agradecía la llamada, aquella interrupción, al darse cuenta de que ya llevaba demasiado tiempo contemplándose en el espejo.

Su rostro era como una obsesión para ella; por lo menos, aquella tarde. Hasta se había maquillado, si bien ligeramente. Estaba en combinación, muy fina y corta, con las prendas interiores resaltando debajo por su color oscuro. Bonita figura la de Donna aún, sí... Muy estilizada, esbelta; y el poco de maquillaje favorecía su cutis requemado.

La boca parecía más fresca, los ojos de un azul muy claro más juveniles... —Entra, Nobby—dijo.

Nobby empujó la puerta, y entró. Donna se había vuelto, y la combinación no conseguía ocultar más allá de medio muslo. De todos modos, Nobby sólo la miraba al rostro, con su fría mirada gris. No mostró asombro, sorpresa, ni siquiera un poco de admiración ante la nueva señora Monahan... No dejaba de ser decepcionante, y Donna suspiró:

—¿Ocurre algo, Nobby?

—Sí... Visita.

—Lo siento. Ya sabes que no puedo entretenerme. Míster Michener me espera para cenar, a las ocho. Me gusta ser puntual.

—Esta vez no podrá echar a la visita, señora Monahan. Se llama Lorne Bruster, y pertenece al F.B.I.

Donna pareció palidecer bajo su ligera capa de maquillaje. Se mordió luego el labio inferior.

—¿Estás seguro...? ¿Del F.B.I.? —musitó.

—Sí, señora Monahan.

—Bien... ¿qué quiere? ¿No te ha dicho...?

—No, señora. No me ha dicho nada. Quiere hablar con usted, es todo. Ya le dije que lo de aquel hombre, el tal Ben Keller, nos traería complicaciones... —Cállate—dijo, secamente, Donna—. No hay que mencionar a ese hombre para nada. ¿Comprendido?

—Está bien.

—Dile al señor...

—Bruster.

—Dile que me espere en el salón. Ya bajo. Me reuniré con él completamente vestida, para salir, y tendrá que comprender que su visita es inoportuna... —Señora, estoy seguro de que importa poco que usted baje vestida o desnuda, o que tenga prisa o no... La situación no va a cambiar por eso—murmuró Nobby.

Donna asintió con la cabeza, y esbozó una rápida y nerviosa sonrisa.

—Tienes razón, Nobby. No vamos a perder ahora la sangre fría. ¡Oh, qué tontería...! Ocurre que me ha impresionado un poco la mención del F.B.I. Y en su terreno... Bien, no importa. ¿Estás seguro de que tú o Edward no habéis cometido un desliz?

—Puedo responder por mí, señora Monahan.

—Está bien, Nobby, está bien... Baja inmediatamente; puede extrañarle nuestra larga deliberación. Y... estoy segura de que me he asustado por nada. Que pase al salón. Me reúno con él antes de diez minutos.

—Está bien, señora Monahan.

Nobby salió, y Donna, un poco nerviosa, procedió a vestirse. Aquella noche, convenía impresionar; aún era relativamente joven, y bastante hermosa. Se veía bonita, sí. Y un vestido de falda indiscreta hasta un punto justo, con un par de sencillas pero valiosas joyas, harían el resto. Terminó de arreglarse, volvió a mirarse al espejo y se sintió satisfecha de su aspecto, con aquel vestido distinto al de tono morado que solía usar.

Poco después estaba taconeando por las escaleras, hacia el vestíbulo, y de allí al salón.

Había un hombre sentado, que, al verla, se puso cortésmente en pie. Un tipo que caía antipático, a fuer de virilidad en su rostro, en su mirada, en el gesto, no poco cortés, sin embargo.

—¿Señor Bruster? —inquirió ella, con cierta frialdad.

—En efecto, señora Monahan.

—Síntese. Le ruego que sea breve.

—La entretendré sólo lo indispensable, señora Monahan.

—Se lo agradezco. Usted dirá lo...

—¿Conoce a un hombre llamado Benjamín Keller?

Ella estaba preparada; ni pestañeó. Fingió reflexionar.

Luego, empezó a menear negativamente la cabeza.

—No recuerdo... De todos modos, señor Bruster, su pregunta no deja de ser extraña. Por si lo ignora, le diré que procedo de Amsterdam, y que sólo hace siete días que estoy en Estados Unidos. No he tenido ocasión de conocer a mucha gente, ni conseguir muchas amistades...

Lorne, impassible el rostro, extrajo la fotografía de Keller, que mostró a la señora Monahan.

—Puede que no le conozca de nombre, pero sí de vista—dijo el

hombre del F.B.I.

—Pues no... No me resulta familiar, señor Bruster. Y tengo que insistir en que esto es extraordinario... ¿Por qué me interroga el F. B. I, con respecto a un americano, al que no he visto jamás? Repito que hace sólo una semana que llegué a Nueva York, señor Bruster... Eso lo puede usted comprobar con facilidad... Y diga: ¿se me acusa de algo?

—No, señora Monahan. Ocurre que ese hombre, Benjamín Keller, fue asesinado hace dos noches, y arrojado al East River.

—Pero... ¿y por qué me interrogan a mí, señor Bruster? Comprenda mi desconcierto... Es algo... inaudito. ¿O se trata de alguna broma pesada que...? —Cualquier cosa menos una broma, señora Mona—han—dijo, seco, pero cortés, el hombre del F.B.I.—. Por otra parte, tenemos motivos para dirigirnos a usted. Los tenemos, en principio. Si más adelante hay que pedirle excusas, le aseguro que lo haré con mucho gusto, señora Monahan. No quisiera que tuviera mal concepto de nosotros.

Donna sintió un poco de frío en la espalda.

Tenía la seguridad de que a aquel hombre, a Lorne Bruster, le importaba muy poco el mencionado concepto.

—Bien...—musitó—. Dígame cuáles son esos motivos que, en principio, les... —Observe, señora Monahan.

La fotografía de la muchacha joven y linda. Fue un choque tremendo para Donna Monahan. Y no disimuló su sorpresa, creyendo que el hombre del F.B.I. la atribuiría tan sólo al parecido de ella misma con el rostro de la fotografía. De todos modos, el impacto de aquella visión la hizo palidecer, retroceder bruscamente en el tiempo. Fue un instante, de todos modos; un fugaz instante. Luego, mostrando una sonrisa de asombro, dijo:

—Pero... ¡es increíble, señor Bruster...!

—¿Es usted, señora Monahan?

—Bueno... ¿sabe una cosa? Si no tuviera la seguridad de que jamás he llevado este peinado, y que nunca usé piedras ni joyas falsas, como las que se ven en la fotografía, lo cual se advierte claramente, diría que sí... Por mucho que me sorprenda, tendría que admitir que soy yo. Pero... no. El parecido es en verdad asombroso, pero no...

—¿No es usted?

—No, señor Bruster.

Le devolvía la fotografía.

Lorne, sin inmutarse, la tomó y la guardó.

—Espere...—murmuró Donna—. ¿Se cree que esta mujer ha asesinado a ese hombre, a... a...?

—Keller.

—Sí, Keller. ¿Acaso esa chica...?

—No sospechamos nada de eso, señora Monahan. Estamos, simplemente reuniendo información. Usted, veo, que no puede ayudarnos.

—No... Y lo siento. Pero, comprenda, señor Bruster: no conozco a casi nadie aquí... Ya es bastante sorpresa el haber visto ese rostro... Le aseguro que comprendo sus motivos por haber venido a verme; es natural, y no hace falta que se disculpe por nada.

—Gracias por su buena disposición, señora Monahan. Es todo.

Donna rió, de un modo casi convincente, y dijo:

—¿Sabe, señor Bruster? Casi lamento no ser esa muchacha; no parece tener más allá de veinte años...

—Es la edad que tenía cuando tomaron la fotografía, en efecto. Pero estoy seguro de que han transcurrido otros tantos, desde entonces. Y creo, por tanto que la dama de la fotografía, debe tener ahora, más o menos, su edad, señora Monahan—dijo Lorne, con los ojos color bronce fijos en los de Donna.

—¿M-mi... mi edad...?

—Sí.

—Bueno... es un cúmulo de casualidades...

—Lo entiendo. No la entretengo más, señora Monahan. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Bruster.

Apareció entonces Nobby, silencioso, inexpresivo, y acompañó a la salida a Lorne. Poco después, Donna y Nobby oían el zumbido del motor del coche del agente del F.B.I. que se alejaba de la residencia. Donna, con un suspiro, se dejó caer en un sillón, y quedó silenciosa, reflexionando intensamente. Oh... no esperaba aquello... Era una estúpida complicación... Tendría que meditar mucho al respecto, y estudiar lo que le convenía en realidad...

Notó, con intensidad, la mirada de Nobby.

Le miró a su vez.

—No ocurre nada, Nobby—dijo—. Prepara el coche. Saldremos inmediatamente. ¿Sabes algo de Edward?

—Sigue pegado a los talones del tal Ashley Manning.

—Está bien... No hay por qué alarmarse, Nobby. Vamos.

* * *

Realizando su papel de chófer con toda dignidad, Nobby, al ver salir a Donna de la mansión de míster Michener, situada en el principio de West End Avenue, de cara a Clinton Park, salió para abrir la portezuela a la dama. Luego, fue a ocupar su sitio frente al volante. Echó un vistazo

a su reloj, y dijo:

—Desde las nueve hasta las doce... Debo entender que la entrevista con míster Michener ha sido provechosa, ¿no, señora Monahan?

Donna, por su parte, había dejado el abrigo de cualquier modo, y estaba encendiendo un cigarrillo, con mano algo nerviosa, mientras el coche se alejaba. Por el retrovisor, Nobby miró el rostro de la dama, y tuvo que insistir:

—¿No ha sido provechosa la cita, señora?

—No...

—¿Es posible?

—Por fortuna, Nobby, se han hecho las cosas discretamente.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Michener no es el hombre que buscamos, Nobby. Estoy segura.

—Pero...

—No lo es. Tiene esposa, y tres hijos; dos de ellos varones. Son todos encantadores; son gente exquisita, de verdad. Gente honrada, honesta hasta la tontería. Su esposa es dulce, distinguida, sus hijos inteligentes y simpáticos... Una familia perfecta. Me han hablado de todos ellos, hemos trabado buena amistad, pero me temo haber cometido un error que no tiene importancia, como digo, por haber actuado discretamente; lo único que me enfurece es la pérdida de tiempo. Repito: Michener no es nuestro hombre.

—A veces, esas apariencias...

—Nobby: he visto con mis ojos como funciona su negocio.

—Aún así...

Ya basta. ¿O crees que desconozco dónde está lo limpio y dónde la basura? Regresemos a casa. Quiero noticias de Edward inmediatamente. Es claro que sospecho que Zella Winters, siendo el punto clave de este asunto, está jugando con doble baza. Tendremos que enfocar la situación desde otro punto de vista. Date prisa.

—Tenemos como referencia a Zella Winters y a ese Ashley Manning, a quien ella visita. ¿Por qué perder tiempo? Yo haría gestiones directas, señora.

—Tal vez me decida.

—Cuanto antes, señora Monahan.

—Tranquilízate, Nobby. Primero hay que hablar con Edward. Hay que saber lo que ha sucedido esta noche... si es que ha ocurrido algo. Ya os dije que me parecía demasiado fácil. La pista de Zella, la que nos condujo a Zella, pudo ser falsa. No obstante, oiremos a Edward, y prepararemos un plan de acción directo.

—Está bien.

—Además... lo aconseja así la intervención del F.B.I. cerca de mí... Tengo que pensar sobre eso... No se trata de nada relacionado con

nuestro asunto, pero... sí resulta profundamente desagradable. No estoy muy segura de que ese Bruster se haya conformado con mis negativas; las admitió como si ya las esperase. Un hombre inteligente, que ni siquiera ha tratado de disimular nada... Me inquieta.

Nobby, silencioso, prefirió no abrir la boca.

Cualquier cosa, en aquellos momentos, pondría más nerviosa a Donna Monahan.

Así que se limitó a lo suyo. Y tras cruzar el puente que comunica Manhattan con Wards Island, tomó Circle Avenue, hasta llegar a la residencia; metió el coche hacia adentro, y se detuvo frente al garage. Donna saltó del vehículo, y dijo:

—Te espero en el salón, Nobby.

Sin responder, Nobby metió el «Roadmaster» en el garage, y luego pasó a la casa.

Vio luz en el salón, y oyó voces. Edward ya había llegado, por lo visto. Encendiendo un cigarrillo, se introdujo en el salón, y, sin despegar los labios, fue a ocupar un sillón, cerca de Donna y Edward, quien estaba preparando bebidas para todos. Repartió el «whisky» con hielo, y se sentó delante de Donna, mirándole el palmo de muslos visible.

—Entonces, hemos perdido el tiempo con Michener...—musitó el tipo.

—Sí. Por completo.

—Bien... Soy partidario de lanzarnos a fondo, sin más demoras. Zella Winters ha de ser nuestro objetivo.

Lo dijo con tal firmeza, que Nobby ya empezaba a ponerse en pie, pero Donna, nerviosa, insegura, dijo:

—Un momento, un momento... Quédate ahí, Nobby. He dicho inmediatamente, pero no «precipitadamente». Estamos en Nueva York, Estados Unidos, y no disponemos de nuestra normal organización. Esa ausencia hay que suplirla redoblando las precauciones. Pienso que... si Zella desaparece, míster Michener, por ejemplo, podría hacerme preguntas al respecto...

—¿Y eso la preocupa? —inquirió Edward, mirándola con fijeza.

—Eso, y el hecho cierto de que el F.B.I. volverá, Edward.

Edward sonrió fríamente.

—No he dicho que vamos a traer aquí a Zella Winters, señora.

—Ya, claro... ¿Dónde, entonces?

Nobby asintió con la cabeza.

—Está bien, tiene razón, señora Monahan. Supongo que lo que primero debemos hacer, es buscar un lugar discreto, donde poder... trabajar con esa mujer. ¿No es eso lo que ha pensado?

—En efecto. Nobby, ocúpate de eso.

—Bien...

—Mañana.

—Claro... Tiene que ser mañana; a estas horas no puedo andar buscando nada, sin despertar la atención. Me ocuparé de ello. ¿Y luego?

—Luego... iremos a por Zella Winters,

—¿Ha pensado que lo hagamos personalmente, señora? —inquirió Edward.

—Sí, eso sí... Sólo podemos confiar en nosotros mismos.

Nobby dijo:

—Pudimos traer gente...

—No, no... No podíamos traer nuestra organización completa, Nobby, entiéndelo. Y, en verdad, la cuestión gente no me preocupa. Creo que nos bastamos los tres. Por tanto, la situación es esta: descartado Michener, sólo tenemos a Zella como pista. Ya es inútil perder más tiempo, y le arrancaremos lo que ella sepa. Nobby: busca ese lugar discreto, y ya veremos la forma de conducir a Zella a él.

—¿Y ese Ashley Manning? —inquirió Edward.

Donna reflexionó unos instantes.

—No sé... De momento, vamos a dejarle en paz. Puede que ese hombre sea sólo... un amigo, o novio, o algo parecido, de Zella. Depende de lo que ella diga; nuestra actuación futura se basa en lo que declare Zella.

Edward encendía un cigarrillo en aquellos momentos. Luego, dijo:

—Sospecho que existe alguna otra relación entre Manning y Zella, aparte de la personal. Por ejemplo... al recibir mi llamada, y según Nobby, ella salió precipitadamente de su casa, para ir a ver a Manning. Eso, creo yo, debe significar algo.

—O nada; tal vez sólo que llegaba tarde a la cita-dijo Donna.

—Está bien, no importa. De todos modos, yo estoy de acuerdo en lo de tener en nuestras manos a Zella, en primer lugar. Luego, ya veremos.

—Eso es: no vamos a complicarnos la vida con ese Manning. Si se tratase de un nuevo error, como el cometido con Michener, nos comprometeríamos demasiado.

—Sí... ¿Y qué hay para lo sucesivo con Michener? —inquirió Nobby.

Donna hizo un gesto de duda.

Sonrió levemente.

—Bueno... por lo pronto, espero cualquier día una llamada, para pasar un «week-end» con la familia. Puedo declinar, es claro, y puedo decirle que la sociedad que busco me resulta, en definitiva, poco interesante... Convencer a Michener es fácil. No obstante, puede ser un error pensar que es tonto...

Habían terminado el «whisky».

Donna se puso en pie.

—Hasta mañana. Atención, Nobby, ¿estamos? —dijo.

—Descuide, señora.

Y ella se fue. Poco más tarde, sonaba el teléfono, cuando se estaba mirando al espejo; cuando contemplaba su figura atractiva aún; muy atractiva, con la falda discretamente corta...

El teléfono insistía...

Capítulo V

EN un instante, Donna decidió que era mejor que ella misma tomase el aparato. La llamada resultaba no poco sorprendente, ya que el círculo de sus conocidos en Nueva York era reducidísimo... Tal vez Michener... Pero, ¿para qué?

Tomó el aparato. Iba descalza, ya que se había desprendido de los torturantes zapatos de tacón alto.

—¿Sí? —musitó.

Respondió una voz seca, desconocida; queda, además:

—Jane Homes, escuche atentamente.

El color, de súbito, huyó del rostro de Donna. Era como si le hubiesen dado un brochazo de pintura blanca en plena cara. Además, sintió que las piernas perdían fuerza; incluso vaciló sobre sus pies. Le golpeaban las sienes en aquellos momentos.

—¿Está dispuesta a escucharme, Jane Homes? Responda.

—S...S-sí...

—De acuerdo. Voy a...

—Espere. Usted se equivoca... Ese no es mi nombre. Yo me lla...

—Ha reaccionado tarde. Le ruego que no me haga perder el tiempo. Usted escuche, y verá que, en definitiva, no es tan malo como supone. Yo sólo quiero un poco de dinero, ¿comprende? Ben Keller era amigo mío, y me hizo algunas confidencias. Yo, sobre su muerte, no voy a indagar. Pero... aun lamentándolo, pienso aprovechar la situación. Se trata de un chantaje, ya lo sé. Y oiga bien: es mi primer trabajo en ese sentido; la advierto porque pienso redoblar las precauciones. Por consiguiente, usted límitese a obedecer. No se cree problemas.

—¿Quién es usted? —musitó Donna.

—No importa. Yo, para usted, soy tan desconocido como un posible habitante de Marte. Dejemos aparte nombres; yo incluso olvidaré el suyo, si cumple su parte del trato.

—Bien, pero...

—Usted no tiene nada que decir—cortó la voz—. Yo sí. Por tanto, le ruego que escuche. Me consta que usted tiene mucho dinero. Yo me conformo con veinticinco mil dólares. Usted, sola, recuerde bien: sola, llevará ese dinero mañana, a Central Park. Detrás del kiosco de los conciertos es un buen lugar para depositarlo. Puede llevarlo envuelto,

simplemente, con un papel de periódico; deja el dinero, se marcha, y asunto concluido. Es obvio que estaré vigilando, y que si sospecho alguna jugada por su parte, lo que ahora es sólo un trato amistoso se convertiría para usted en algo mucho más difícil de resolver.

—Bien...

—¿Acepta?

—Veinticinco mil dólares...

—Billetes de todas las denominaciones; más bien viejos.

—Sí, entiendo...

—¿Mañana a las ocho de la noche?

—Sí... Iré a Central Park con el dinero...

—Perfecto. Todos saldremos beneficiados, no lo dude.

—Principalmente, usted, ¿no? —dijo Donna, ya serena.

—Y usted... Por veinticinco mil dólares, vale la pena que se ignoren algunas cosas con respecto a Jane Homes, ¿no?

—Jane Homes nada tiene que...

—Dejemos ya eso. No volveré a llamarla, ni la veré más. Buena suerte.

¡Clic!

Donna, aún pálida, quedó con el teléfono en la mano. Oía que estaban llamando en la puerta del dormitorio. Ni siquiera dio permiso, pero Nobby y Edward querían saber lo que estaba ocurriendo. Cuando entraron, Donna estaba sentándose en un sillón.

—Un cigarrillo—pidió, con voz apagada.

Edward se adelantó, tendiéndole un cigarrillo ya encendido.

Nobby se limitaba a mirarla.

—¿Malas noticias? —inquirió.

—No, no... Es... mi asunto personal, que de un modo estúpido se está mezclando con lo demás... Bien, no es que se mezcle; es que ocurre todo al mismo tiempo... Yo solucionaré eso, no obstante. Es cosa mía. Y ya pensaré algo. Nada cambia. Por tanto, volved a vuestras habitaciones. Buenas noches... Ah, Edward, ¿puedo disponer para mañana por la noche de veinticinco mil dólares, en billetes usados, de todas las denominaciones?

—Puede disponer de mucho más, señora.

—Bueno, sólo quiero esa cantidad. La necesito. Es todo.

Los dos hombres, tras mirar de un modo extraño a Donna, salieron del dormitorio.

Ella quedó hundida en el sillón, fumando.

En aquel mismo instante, en la Delegación del F.B.I., concretamente en el despacho del inspector Driscoll, el agente especial Mark Sheridan acababa de colgar el teléfono. Sonriendo secamente, miró al inspector, y luego a Lorne Bruster.

—Salió bien, Lorne—dijo Mark.

—Sí, ya veo.

—Mañana, a las nueve, dice que estará en Central Park, con el dinero.

—Está bien, Mark. No deja de ser curioso que esa mujer pague por el silencio... —En efecto, es no poco extraño... Debe tener miedo de que se la acuse de la muerte de Benjamín Keller.

—Tal vez...—murmuró, pensativo, Lorne—. Lo importante, de todos modos, es que las cosas han salido bien. Supongo que de haberme presentado personalmente, hubiese tropezado de nuevo con sus negativas. La trampa, pues, ha sido un éxito.

—¿Y qué harás mañana, Lorne? —inquirió el inspector.

—Bueno... hay trabajo para todos, señor. No quiero que se la pierda de vista; ni a ella, ni a su gente.

—Pero...

—Ya sé, ya sé...—atajó Lorne—. Es probable que nuestros relevos se pasen la mañana, o el día, entre exposiciones de joyas. Pero no pienso desdeñar el riesgo de que alguien quiera hacer algo contra esa mujer. En definitiva, trato de protegerla. Quien mató a Benjamín Keller, puede tratar de proseguir su juego. —Eso cabe, Lorne—murmuró el inspector.

—Yo creo que sí... Y si me equivoco, mejor. No obstante, debería ocurrir algo que nos pusiera sobre la pista del asesino de Keller...

—No crees que haya sido ella, ¿eh?

—Pues no...

—¿Por qué?

Lorne sonrió levemente.

—Lo siento, es sólo intuición, señor—dijo.

—De acuerdo. Tú mismo dispondrás los relevos, Lorne.

—Sí... Mark, empezarás tú. Equípate con radio, y transmite con frecuencias de una hora como máximo; si se mueven, si salen... que es lo más seguro, procura no perderles de vista; en todo caso, monta una red radial, para tenerles localizados en todo momento. Incansables tras ellos ¿comprendido? Y siempre lo suficientemente cerca para intervenir si fuese necesario.

—Comprendido, Lorne.

—Por mi parte —dijo Lorne—, me moveré de acuerdo con lo que vaya ocurriendo...

En aquel instante, alguien llamaba a la puerta del despacho. Aquella noche había trabajo en la Delegación. Entró un agente especial, que

tendió un papel al inspector Driscoll, y silencioso, quedó a la espera. Todos miraban al inspector, mientras éste leía el papel: Luego, Driscoll se encogió de hombros, y lo pasó a Lorne, diciendo:

—Lo que sabíamos, Lorne. Míster Michener es un hombre verdaderamente intachable. Ni una mota de suciedad en toda su vida. Procede de buena familia, al igual que su esposa, y creo que lo más inoportuno y peligroso el hecho tan simple de hacerle una visita. Mejor olvidarle. Ya sé que seguiste a esa mujer hasta la mansión de Michener, pero... Él es uno de los mejores joyeros de Nueva York, y ella lo es de Amsterdam. Su relación es más bien lógica. Y puesto que ha estado en su casa, con la familia Michener, no cabe pensar en segundas intenciones en esa cita.

Lorne había escuchado y paseado la mirada por el informe de míster Michener.

Asintió con la cabeza, y dijo:

—Bien, de acuerdo. Le olvidaremos, por ahora. Es un hombre, además, muy fácil de localizar, aunque, en verdad, dudo de que tengamos que meternos con él.

El inspector Driscoll se puso en pie.

Le imitaron Lorne y Mark.

Lorne dijo:

—Empieza la vigilancia temprano, Mark.

—¿A las siete de la mañana?

—Me parece buena hora. Espero noticias tuyas.

Poco después, los hombres del F.B.I., tras abandonar la Delegación, se dispersaban por Church Street, sede federal.

* * *

—Atención. Mark llamando a Central...

A una señal del inspector, fue el propio Lorne quien se puso al habla.

—Te escuchamos, Mark. Adelante.

—Salió uno de los hombres; el más joven. Le he seguido y le he visto meterse en un Banco de Manhattan. No sé si hacer preguntas en el Banco, puesto que sospecho que ha ido en busca de los veinticinco mil dólares.

Lorne reflexionó unos instantes.

—No hagas preguntas. Límitate a seguir detrás de él. Se supone que regresará a Wards Island, pero asegúrate. Y... Mark: supongo que no dejaste sola, sin vigilancia, la quinta.

—Claro que no. Dawson está vigilando allí.

—De acuerdo. Sigue con lo tuyo.

—¿Dawson no ha informado?

—De momento, no.

—Bueno... eso debe significar que no ocurre nada.

—Seguramente. No pierdas de vista a ese hombre. Y cuidado, Mark, es importante no ser descubiertos.

—Ya sé... Hasta luego. Informaré cuando ese tipo llegue a la residencia, si es que se dirige hacia allí, como espero.

—Bien, hasta luego.

Se cortó la comunicación.

Lorne se sentó de nuevo. Tras reflexionar unos instantes, meneó la cabeza.

—Hay cosas en verdad desconcertantes en este asunto, señor...—dijo —. Se me escapa... No consigo centrar un motivo para la muerte de Ben Keller.

—Todo se irá solucionando, supongo.

—Sí... es de esperar.

Y de eso se trataba; de una nueva espera, que resultó no demasiado larga; cosa de veinticinco minutos. Se produjo una nueva llamada de Mark.

—¿Central?

—Habla, Mark.

—El tipo ha llegado a la residencia. Pero, atención, Dawson no está. Eso, a mi modo de ver, significa que alguien de la casa ha salido, y Dawson anda detrás. Tal vez sea prudente llamarle, y requerir informes, Lorne.

—No por ahora. Le daremos tiempo. Tú sigue ahí,

Mark. Y pide el relevo a su debido tiempo. Conviene cambiar las caras.

—Está bien. Corto.

Lorne también lo hizo, y miró al inspector.

—Parece que Dawson anda detrás de alguno de los de la casa. Jane Homes, o el otro tipo, no lo sabemos—dijo.

—Esperaremos noticias de Dawson.

Lorne, un tanto impaciente, dio unos paseos por la estancia, y se entretuvo fumando y mirando por la ventana. Transcurrió casi una hora, antes de que se produjera la llamada de Dawson. Y Lorne se precipitó hacia la radio.

—A la escucha, Dawson.

—Salió el tipo del cabello gris, Lorne. Le he seguido hasta la calle 44 Este, a una administración de fincas. Ese hombre ha alquilado un «bungalow» en una urbanización de Hoboken, al otro lado del Hudson, en New Jersey. Es un lugar solitario, muy discreto. Le he seguido hasta

allí, pero el tipo se ha limitado a echar un vistazo al «bungalow». En estos momentos a juzgar por la ruta que seguimos, se está dirigiendo a Wards Island. Eso es todo.

—Y nada—gruñó Lorne.

—Bueno... yo he hecho lo que...

—Tranquilo, Dawson. No iba para ti. Sigue hasta donde vaya ese hombre. Tú y Mark permaneced en contacto, y siempre vigilantes. Cuando llegues, procura decirme algo sobre la dama. Ha estado sola unos minutos, y tal vez haya sorpresas. Otra cosa: las señas exactas del «bungalow».

—Sí. Por el Holland Tunnel, hasta la calle Henderson, ya en Hoboken. Luego, por Willow Avenue, hasta el cruce con la 14. En la conjunción entre un bosquecillo, está el «bungalow»; techo rojo, a cuatro vertientes. Tiene un porche con cuatro columnas de piedra.

—Bien. Hasta luego.

Lorne cerró.

Miró al inspector, y dijo:

—No sé... Quiere pagar, por lo visto, pero también ocultarse... De lo contrario, ¿para qué ese «bungalow»?

Driscoll no hizo comentarios.

Y media hora más tarde, llegaba una nueva llamada de Dawson.

—Atención, Lorne.

—A la escucha.

—Todo bien. Ella está en la casa. Y el otro hombre. Están reunidos y ello simplificará, espero, nuestra labor. Es todo.

—Bien, Dawson. —Lorne miró su reloj de pulsera.

—Creo que tengo algo que hacer—murmuró.

Capítulo VI

RESULTA repugnante la inoportunidad de la gente. Al menos, en opinión de Zella Winters, la cual, al oír el zumbador del apartamento, con cierta insistencia ya, tuvo que salir de entre su espuma de la bañera. Suspiró, y con una toalla ocultó el cuerpo, desde el principio del busto a la mitad de los muslos. Luego salió del baño, y fue a abrir.

Su rostro expresó un fugaz asombro; sus ojos seguían siendo misteriosos, exóticos. La verdad es que, a veces eso oculta simple tontería.

Zella hizo un gesto con la cabeza, despejándose el rostro de unos mechones de negro cabello.

—Señor Flowers... —murmuró.

Edward, con una cortés sonrisa, se inclinó levemente.

—Vaya... lo siento, miss Winters—dijo—. No creí que...

—Entre. Nos ven desde el rellano.

Edward penetró en el apartamento de Zella, la cual cerró la puerta, y miró al tipo a los ojos, d mirante unos instantes.

—¿Desea algo especial? —inquirió.

—La señora Monahan quiere verla, miss Winter? Me ha ordenado venir a buscarla con el coche.

—Pero... ¿por qué? Ya hablamos sobre las transformaciones de joyas antiguas; expresé mi opinión, y ya dije que eso dependía de los escrúpulos de cada uno... —Creo que quiere invitarla a una interesante reunión, miss Winters. En verdad lamento no poder ser más explícito. Normalmente, no le pido explicaciones a la señora, compéndalo.

—Bien...

—¿Puedo esperarla, miss Winters?

—De acuerdo... Tardaré unos minutos. Tome asiento. Y busque algo para beber; en la salita está el mueble-bar, y en la cocina el frigorífico, por si quiere hielo. No tardo.

—Muy amable, miss Winters.

—Diga... ¿la reunión es en aquella residencia de...?

—No, no. Tengo orden de trasladarla a Hoboken.

—Está bien. ¿Acaso míster Michener...?

—Lo ignoro, lo siento. Oh... por supuesto: la reunión tendrá como

tema las joyas antiguas y modernas—sonrió Edward.

—Lo imagino...—suspiró Zella.

Y se volvió, para caminar hacia su cuarto seguida por la mirada parda de Edward, que sonrió casi imperceptiblemente, calibrando la auténtica calidad de aquella dama, que se movía como si flotara. Era una silueta en verdad agradable. Luego, ella se metió en su cuarto, y Edward, sin deseos de beber, se introdujo en la salita, y estuvo fumando, observando todo lo que podía ver desde allí, que no era nada del otro mundo; ciertas comodidades, chucherías femeninas... Normal.

Lo lógico en gente lista.

Esperó algo más de diez minutos a Zella, la cual apareció con un traje compuesto de pantalón de borde acampanado, y chaqueta, del mismo color; un tono calabaza, un tanto llamativo. Su silueta estaba perfectamente comprimida entre el pantalón y el busto de la chaqueta. Llevaba un bolsito, y el cabello suelto, lacio, a los lados del rostro. Sin maquillaje alguno.

Deliciosa.

Edward esbozó una discreta sonrisa de admiración, y dijo:

—¿Dispuesta?

—Desde luego, señor Flowers.

Dos minutos más tarde, atravesaban el vestíbulo del edificio, y salían a la calle, Columbus Avenue, animada, con mucho tránsito a aquellas horas, en que se cerraban los centros de trabajo. Edward miró hacia la derecha, y vio llegar el «Roadmaster», lentamente, pegado al bordillo; se detuvo un instante.

—Vamos, miss Winters.

Los dos se metieron en el coche. Nobby ni les miró, al menos, en apariencia. Se limitó a aumentar la velocidad del coche, alejándose de allí. En los asientos traseros, Edward y miss Winters guardaban silencio.

Nobby estuvo buscando una bocacalle que le permitiera girar, y ya dirigirse hacia el sur, en busca del Holland Tunnel.

* * *

Una mirada recelosa y una pregunta de Zella:

—¿Es ahí?

Edward, sonriendo, asintió con la cabeza.

—La señora Monahan ya está esperando en el «bungalow», miss Winters—dijo—. Tenga la bondad de apearse. ¿No le gusta el lugar?

—Bien...

—Es encantador... Silencioso, discreto, apartado de ese monstruo que es Manhattan. Vea el bosquecillo... Estoy seguro de que oiremos el

trino de los pájaros. Camine, por favor. Tú, Nobby, deja el coche en el garaje, y entra.

—Está bien.

Zella Winters dio dos pasos, pero se volvió, dispuesta a decir algo. Vio el rostro de Edward, su sonrisa, su mirada parda, muy fría en aquellos momentos. Pudo ver, además, la automática que Edward empuñaba, con discreción.

—No se entretenga, miss Winters—musitó Edward.

La dama había palidecido.

—¿Qué significa...?

—Pase al interior. Tendremos tiempo para hablar. Mucho tiempo.

—Yo...

—Miss Winters, entienda que, si usted no quiere, no habrá necesidad de ser bruscos. Es cosa enteramente suya, ¿de acuerdo? Una vez más: tenga la bondad de pasar. La señora Monahan está esperando.

Zella se mordió el labio inferior. Un relámpago de alarma cruzó sus pupilas muy negras. De todos modos, caminó como si estuviera exhibiendo una preciosa joya, y se introdujo en el pequeño «bungalow». Edward la guió hasta el saloncito donde estaba Donna Monahan, sentada en un sillón, con su vestido morado, inexpresivo el requemado rostro. Donna hizo una seña, y Edward sentó a Zella junto a Donna.

Zella miró a la exótica Donna, y musitó:

—Supongo que tendrá para esto una explicación convincente, señora Monahan.

Donna sonrió levemente.

—La de las explicaciones será usted, querida... En principio, no obstante, seré yo quien pondrá las cosas en su punto. Así que escuche; no es necesario perder mucho tiempo. Y para ello, hablar con claridad es absolutamente preciso: usted, Zella, pertenece a una organización de contrabandistas de diamantes. ¿Sí o no? Zella estaba lívida.

Tan bella...

—Yo... yo no...

Edward entró en acción. Le asestó un seco revés, en pleno rostro, desgredando a la bella; el segundo revés, la dejó en la misma posición anterior, pero con unos mechones de cabello sobre aquel rostro, que estaba ardiendo, con grandes latidos, además.

—¿Sí o no, miss Winters? —inquirió, secamente, Donna.

—Bien... digamos que...

—Diga que sí, miss Winters—aconsejó, casi amablemente, Edward.

—Yo...

Edward, que había cambiado la automática por un extraño objeto, acercó una afilada punta al cuello de Zella, la cual quedó muy quieta.

Luego, soltó un grito, cuando Edward apretó un resorte, y un fuerte voltaje sacudió el cuerpo de Zella, que presentaba ya una mancha oscura en el cuello chamuscado.

—Puedo hacerla mucho más daño, miss Winters —musitó Edward—. Y no digamos, si es Nobby quien interviene. Véalo. Está ahí, silencioso, mirándola. Nos está pidiendo desesperadamente que le dejemos intervenir. Pienso, por su bien, querida, que no habrá necesidad de dejarla en manos de Nobby.

Nobby seguía impasible.

Donna, un poco impaciente, apretaba los labios.

Zella empezó a pensar que su única salida era decir a todo que sí.

—¿Sí o no? —inquirió, de nuevo, Donna.

Zella asintió con la cabeza.

—Sí...—musitó débilmente—. De todos modos, mi trabajo es poco importante... Yo sólo me...

—Ya hablaremos de eso. En realidad, el que usted sea contrabandista de diamantes, no quiere decir que seamos enemigos, Zella—dijo Donna—. Bien. Tenemos que nosotros, desde Africa, hemos seguido una pista, que nos ha conducido hasta usted. Y yo, tratando de hacer las cosas bien, discretamente, he tratado de introducirme en su círculo. Esa es la razón por la cual me fijé especialmente en míster Michener, puesto que él, en definitiva, es quien le paga a usted un sueldo. Mi conclusión, sin embargo, es la de que míster Michener está apartado de ese contrabando.

—No lo sé... Yo recibo órdenes por otro conducto, al menos... Míster Michener jamás se ha dirigido a mí en distinto sentido al del normal trabajo de cada día.

—Muy bien; admitamos eso—dijo Donna—. Ahora, vayamos a... ese conducto que sí la relaciona con los contrabandistas de diamantes, Zella. ¿De acuerdo? ¿Quién es?

Zella vacilaba.

Edward se había puesto unos nudillos postizos, pero antes de que golpeará, Donna dijo:

—Espera aún, Edward. Procuremos evitar más daños, más violencia. No olvidemos que Zella puede ser nuestra amiga... Diga, Zella: ¿su contacto es un hombre llamado Manning, Ashey Manning, que vive en el 300 de Madison Avenue?

Zella no pudo evitar un parpadeo de sorpresa.

—¿Cómo saben ustedes que...?

—Querida... han ocurrido muchas cosas, y las aclararemos por partes. Por ahora, cíñase a responder a mis preguntas. ¿Manning?

—Sí. Es Ashley, en efecto—musitó Zella.

—Muy bien. ¿Qué escala ocupa Manning en la organización?

—Lo ignoro... Quiero decir que yo no sé de quién recibe órdenes Manning. Es la verdad... Yo creo que pueden comprobar eso preguntándole a él... Y tengo que insistir en que mi participación es mínima. Yo... sólo he hecho que poner en venta las joyas que me han indicado; he hecho... visitas privadas, para clientes seleccionados, y mi labor consistía en mostrarme lo más persuasiva posible... Eso es todo. Ganaba una comisión, y no me interesaba nada más... Incluso puedo facilitarles los nombres de algunos clientes, aunque, claro, la mayoría no son de Nueva York. Los hay de otros puntos de Estados Unidos, e incluso de fuera del país. Por regla general, son los que me señalaban. Supongo que... que ellos son quienes sacaban de aquí los diamantes de contrabando...

—No está mal. La organización, en ese aspecto, no es nada nuevo. De un modo u otro hay que quitarse de encima las piedras entradas clandestinamente. Bien... le agradezco su colaboración, Zella. Y no tema. De verdad, no tema. Yo... espero que todos sean tan razonables como usted... Y sólo lamento el tiempo perdido con míster Michener. De haber actuado sobre usted en cuanto llegamos a Nueva York, es seguro que ahora todo estaría solucionado, y... yo me habría ahorrado pequeños engorros, que no hacen al caso.

—¿Qué quiere decir con todo eso? —musitó Zella.

—Querida... todos tenemos nuestros pequeños secretos—sonrió Donna, levemente—. Iremos a ver a Manning. Usted se queda aquí, Zella. Comprenda que, aun como medida de precaución, es mínima. Nobby la vigilará. Cuidado con Nobby. Ni siquiera... debe intentar utilizar sus muchos encantos, querida. Nobby es... de roca, con hielo por dentro.

Y Donna se puso en pie.

—Nos vamos, Edward—dijo.

—Creí que miss Winters nos daría más trabajo...

—¿Sospechas que miente?

—No... Lo que creo es que se trata de un elemento poco valioso. ¿Me entiende, señora?

Donna miró a Zella. Esta, por lo visto, sí comprendía, y tenía un brillo de espanto en los ojos.

Donna murmuró:

—No hay tiempo para hablar de eso, Edward. Cuando planteemos el asunto ante quien corresponda, se atarán los cabos sueltos... y se pulirán los defectos de la organización... Vamos.

Edward asintió con la cabeza.

Le hizo una simple seña a Nobby, e instantes después, cuando ya oscurecía, Edward y Donna salían del «bungalow», en busca del coche. El «Roadmaster», instantes más tarde, rodaba en dirección a la boca del

Holland Tunnel, de regreso a Manhattan.

Donna estaba diciendo:

—Date prisa, Edward. Ten en cuenta que no debo faltar a mi cita personal, a las nueve. No quiero complicaciones por la miseria de veinticinco mil dólares. Pago, y en paz. Es claro que veo algo raro, pero... te aseguro que, en realidad, nada puede ocurrirme. Y no quiero hablar más de eso; sólo insistir en que es necesario que a las nueve esté en Central Park.

—Descuide, señora.

* * *

Sonó la voz un tanto perentoria, de Lorne Bruster: —Mark.

—A la escucha, Lorne. La señora Monahan tomó un taxi en Manhattan y la he seguido hasta aquí. Te veo; estoy muy cerca.

—¿Y Dawson?

—Siguió a los dos tipos, que fueron en busca de la dama que ahora está dentro, con ellos.

—Perfecto. Ponte en comunicación con Dawson. Como sabes, esta mañana coloqué un micro en el «bungalow, y he oído todo lo que han hablado ahí dentro. Se trata, al parecer, de contrabando de diamantes, e imagino que no se trata de centavos. Lo importante es esto: un tal Edward y Donna Monahan van a salir; se dirigen en busca de un tal Ashley Manning, que vive en el 300 de Madison Avenue. Por consiguiente, no corráis el riesgo de seguirles. Adelantaros. Ya os podéis poner en marcha.

—¿Quién es ese Manning?

—Yo diría que el segundo de la organización de contrabandistas de diamantes. Pieza importante. De todos modos, Mark, mucha atención; no podemos conformarnos con simples piezas, que no completarían el rompecabezas, ¿comprendes? Los quiero a todos. Dejad a Donna, siempre con las medidas de prudencia que hagan al caso, que realice su juego. Donna nos conducirá al sitio en verdad importante, y a muchas verdades. ¿Bien?

—O sea, no intervenimos con ese Manning, a menos que se vaya a escapar alguna de las piezas que tenemos.

—Eso es, Mark. Llama a más muchachos, si es necesario. Espero que para esta misma noche, la redada será completa. Pero, insisto: completa. Podríamos detener a Donna, a ese Edward, a Nobby, y a Zella Winters. Incluso a Manning, pero no quiero correr el riesgo de que Manning no sea tan importante en la organización como yo creo... Si ese fuera el caso, nos tendríamos que conformar con las plumas del pato que estamos cazando.

—Lo entiendo. Oye, están saliendo...

—Largo, entonces. Por otro camino. Cortad como sea, y llegad antes que ellos. ¿De acuerdo?

—Sí. Tendrás noticias.

—Bien. Corto.

Y desde su punto de observación, en el bosquecillo, el hombre del F.B.I., con el control absoluto de la situación, se dispuso a llamar al inspector Driscoll, quién respondió casi inmediatamente:

—¿Qué hay Lorne?

—Es urgentísimo saber quién es Ashley Manning, que vive en el 300 de Madison Avenue. Por teléfono directamente al Archivo de Washington. Línea radial directa, lo que sea, pero en cuestión de cinco minutos ha de estar resuelto eso, señor.

—De acuerdo. ¿Todo bien?

—Optimo. Espero regresar esta noche a la Delegación con unos contrabandistas de diamantes.

—Vaya... ¿Es eso?

—Sí...

—¿Nada de trata de blancas?

—No lo parece, señor.

—Está bien.

—Corto, señor. Espero unos minutos.

Y cortó.

Inmediatamente, se puso a la escucha de lo que estaba ocurriendo en el «bungalow».

—...sólo he dicho que quiero tomar algo, Nobby...

—No hay nada en el «bungalow». Lo hemos alquilado esta mañana.

—Pero... ¿hasta cuándo van a tenerme aquí?

—Eso no lo decido yo.

—Nobby... yo he dicho la verdad. Ustedes...

—Cállese ya.

—Nobby... ¿De verdad es usted tan... helado como dice la señora Monahan? —Más.

—No es posible...

—Pierde el tiempo desnudándose. No hay calefacción aquí. O, por lo menos, no se ha puesto en marcha.

—No hacen falta esos pequeños detalles, Nobby...

—Allá usted.

El hombre del F.B.I. cortó la comunicación con el «bungalow». Si todo había de desarrollarse de aquella manera, no valía la pena perder el tiempo. Miró su reloj de pulsera; habían transcurrido ya siete minutos desde su comunicación con el inspector Driscoll.

Y aún tuvo que esperar otros tantos, atento a su complejo de radios, todos diminutos, con los que estaba realizando el control de la operación.

Llamada.

Era el del inspector Driscoll.

—Diga, señor.

—Respuesta de Washington: nada.

—Yaya...

—Ni una hoja sobre Ashley Manning. ¿Qué supones?

—Lo único lógico: que está utilizando un nombre falso. Bien... no sé qué relación puede tener todo esto con el asesinato de Ben Keller, pero no voy a soltar presa, por supuesto. Y me dedico ya a actuar, señor. Donna Monahan está soltando la madeja, y yo voy a ir recogiendo el cabo, y arrollándola de nuevo.

—¿Qué piensas hacer?

—Por el momento, no perder más tiempo aquí. Conecte frecuencia con Mark, y que le vaya informando a usted. Yo le pediré noticias. Desde este momento, la central es control, si usted no tiene nada que oponer.

—Nada. Adelante, Lorne.

—Bien, señor. Corto.

Y Lorne se desentendió ya de sus aparatos de radio. Con todos ellos, se dirigió hacia donde había dejado el coche, al final del bosquecillo, que hacía ligera pendiente. Lo dejó todo en el coche, y luego extrajo su automática, comprobando la carga, el funcionamiento; la enfundó de nuevo, en el costado izquierdo, con la culata hacia afuera. Y ya, tomando las necesarias precauciones, se dirigió hacia el «bungalow».

Como ventaja, tenía la en absoluto despreciable de la sorpresa. Nobby no tenía la menor noción de la existencia de un F.B.I. silencioso y agazapado, presto al salto, sobre la presa.

Capítulo VII

DESPUÉS de haberse pegado al lateral del «bungalow», Lorne se dirigió hacia el ventanal, cerrado, con las cortinas corridas, pero siempre queda un resquicio. Echó un vistazo, y sonrió secamente. Por lo visto, a Zella, la bellísima, una auténtica escultura de piel muy blanca, no le importaba la ausencia de calefacción.

Estaba sentada en un sillón, fumando un cigarrillo, y sonriendo con leve ironía a Nobby, quien daba la espalda al hombre del F.B.I.

Lorne echó un vistazo, y comprendió que podría entrar en el «bungalow» por el garaje. Era sólo cuestión de rapidez.

Por consiguiente, tiró dos chinitas contra los cristales de la ventana, y dos zancadas le condujeron al ángulo del edificio, lejos de la visión de Nobby, cuya reacción ni siquiera había observado Lorne. Este, luego, se metió en el garaje, a oscuras, y 3U encendedor, durante un segundo, alumbró la estancia. Era suficiente; allí estaba la puerta, entornada.

Fue hacia ella, abrió, y quedó en el pasillo, deslizándose luego hacia el hueco del vestíbulo, quedando agazapado, pegado a la pared, con la automática empuñada.

Lo que sí había oído fue un golpe, y un gemido. Luego, nada.

Segundos más tarde, sí.

Nobby; su silueta estaba ya en el pasillo, y empuñaba una pistola con silenciador acoplado. Nobby, frío, sereno, sin producir ruido, se estaba acercando al vestíbulo. Y fue cuestión de cinco segundos que diera la espalda a Lorne. Nobby estaba muy quieto, dominando la puerta de entrada, la principal, y la del garaje.

Si pensaba algo, no tuvo tiempo de acabar sus ideas, de redondearlas. Lorne ya había saltado contra él, y su brazo izquierdo rodeaba el cuello del tipo, y se disponía a clavarle la automática en un oído, cuando Nobby reaccionó.

Como si estuviera construido con acero y muelles.

Primero, fue su mano derecha, que, tras soltar el arma, aferró la muñeca izquierda de Lorne, que le rodeaba el cuello. Los dedos de Nobby, durísimos, buscaron el punto preciso, y Lorne casi soltó un aullido de dolor; incluso estaba dispuesto a apretar el gatillo de su automática, cuando Nobby la desviaba para, seguidamente, agarrar a Lorne por los cabellos, atrapándole en una presa cuya consecuencia fue

un corto vuelo de Lorne por encima del tipo.

Un vuelo corto y violento.

Lorne cayó de espaldas.

Durante un segundo, permaneció aturdido, pero se recuperó de inmediato, con agilidad, esquivando a Nobby, y atrapándole los dos pies con sus piernas. Nobby no pudo evitar caer al suelo, pero con las manos en perfecta posición, como en flexión de brazos, y dando luego un salto, y media vuelta, zafándose de la presa.

Casi al unísono, ambos quedaron frente a frente, mirándose a los ojos.

Fue un choque de dos hombres, que sabían la verdad: el que cayera, sería para siempre.

Nobby se lanzó al ataque, manejando las manos con golpes de «karate». Fueron sólo amagos, ya que en realidad lo que utilizó fue un pie. Un pie que ventiló el rostro de Lorne, con un desagradable chorro de aire. Y un pie, que quedó entre las dos manos del hombre del F.B.I.

Lorne, entonces, tensando sus músculos, a reventar las venas del cuello, empezó a voltear al tipo, hasta que cuando calculó que llevaba el suficiente impulso, lo soltó, de cabeza contra una pared.

Nobby era un gato de acero... Hasta consiguió mitigar el golpe con ambas manos, pero no pudo evitar del todo que su frente hiciera resonar el tabique. Cayó al suelo, y se estaba revolviendo, un poco aturdido, cuando Lorne lanzaba la puntera de su zapato hacia la nuca del tipo.

Blanco.

Crujió algo.

Nobby quedó con la barbilla sobre el pecho.

Sus manos aún tenía reflejos, y sus dedos extendidos buscaban algo.

Entonces, el sudoroso Lorne puso las dos manos en la coronilla de Nobby, y le aplastó el rostro contra el tabique; por dos veces. Y la frente de Nobby se abrió.

Quedó de cara al techo, abiertos los ojos, con unos arroyitos de sangre introduciéndose en ellos.

Lorne soltó un resoplido, y, un poco tambaleante, tomó las dos armas. La pistola de Nobby la guardó en un bolsillo, y con la suya en la diestra se metió en el saloncito del «bungalow». Lo esperaba. Nobby, para no tener estorbos, decidió dormir a la tal mis Zella Winters. Y allí estaba, verdaderamente linda, dormidita en su sofá, desnudita... Lorne, con el ceño fruncido, se metió en un dormitorio, tomó una sábana de un tirón, y con ella regresó a la salita. La dejó caer sobre Zella, cubriéndola todo el cuerpo.

Y esperó unos instantes. La muñeca ya parpadeaba.

Su misterio era más insondable que nunca; o su tontería. Es difícil averiguarlo. De la máxima tontería, a la máxima sabiduría, debe haber

un paso. Eso, según quienes afirman que los extremos se tocan.

Pestañeaba, miraba desconcertada en torno.

Luego abrió mucho los ojos.

—¿Quién es usted...?

—Vístase, Zella. Nos vamos.

—Pero... ¿y Nobby...?

—Está muerto.

—Oh...

—No pierda más de dos minutos en vestirse.

Ella sonrió; entornó los ojos.

—Bueno... yo me pregunto que para qué vestirme ahora... He salido ganando con el cambio... Señor...

—Lorne Bruster, del F.B.I. —dijo, con seca sonrisa, Lorne.

Y la muñeca se demudó.

Permaneció muy quieta, mirando incrédula a Lorne, quien, por su parte, se había inclinado junto a un sillón, y extrajo un objeto, que mostró a Zella, con una débil sonrisa. Luego lo guardó en un bolsillo.

—¿Es... un micro...?

—Sí.

—¿Lo ha oído todo, entonces? —musitó Zella.

—¿Tú, qué crees? Te he dicho qué tienes dos minutos. Vístete.

Ella se puso en pie. Estaba decidida a hacer algo por su salud, si bien era posible que en aquellas circunstancias pillase una pulmonía. Por el frío ambiente y por la helada mirada de Lorne, quien dijo:

—Tendré que repetir lo que te dijo Nobby: eres de baja estofa. No tienes la menor calidad... Y podría decirte otras cosas peores, pero no quiero perder la ecuanimidad. ¿Sabes?, de ningún caso quiero hacer nada personal... Es la forma de evitar reventar de asco. ¿Te decides a ponerte eso?

Zella entendió que tenía que obedecer. Sin demasiada prisa. Pero, por fin, recuperó su elegante aspecto, con el detonante traje color calabaza. Miró, aún pálida, a Lorne.

—Vamos—dijo Lorne.

—¿Me detiene, y...?

—De momento, disfrutarás de un poco de aire libre. Tengo un coche al otro lado del bosquecillo.

La agarró de un brazo y la obligó a caminar hacia la salida. Lorne apagó la luz, pero debía ser nictálope, puesto que fue directo hacia la puerta, arrastrando a Zella, sin concederle la menor oportunidad. Ya en el exterior, Lorne, silencioso, obligó a Zella a trotar a su lado, hasta que llegaron al otro lado del bosquecillo, junto al coche. Lorne abrió una portezuela y empujó a Zella al interior, frente al volante. Luego ocupó

su sitio, y tomó la radio en conexión con la central.

—¿Lorne?

—Yo, señor. Novedades.

—Bueno... Llegaron a la casa de Manning. Esperan.

—Está bien. Voy para allá. Puede enviar una ambulancia en busca del cadáver de un tal Nobby, al «bungalow» de Hoboken.

—Ya...

—Zella Winters está conmigo. Si hubiese novedades, me llama, señor.

—De acuerdo.

Lorne cortó la comunicación, dejó el diminuto transmisor-receptor y miró a Zella. Ella, por su parte, fue sorprendida observando el hosco, antipático y viril rostro de aquel hombre. Bueno... no tan antipático. Muy viril, eso sí... Un tipo que podía llegar a calar muy hondo...

—Conduce—dijo Lorne.

—¿A...?

—Al 300 de Madison Avenue. ¿O sabes de otro sitio mejor?

—No...

—¿Todo lo que le dijiste a la señora Monahan es lo único que sabes?

—Sí, sí...

—Entonces, ¿para qué perder tiempo contigo? En marcha. Ve recordando por el camino tu lista de clientes; siempre conviene saber por dónde anda la gente sin escrúpulos. ¿Ellos sabían la procedencia de los diamantes?

—Supongo que algunos lo imaginaban...

—O sea: tú exhibes las joyas en desfiles. Luego, esas joyas las ofreces clandestinamente...

—No es así. Yo sólo vendía lo que me entregaba Manning.

—Está bien. Date prisa. No obstante, ¿ninguna de las joyas que vendías la habías exhibido antes? ¿Cómo, entonces, se sentían interesados los clientes?

—No sé... Puede que Manning, o mejor dicho, el jefe, imitase las joyas que yo presentaba en las exhibiciones. Entonces, míster Michener perdía su cliente, en beneficio de nuestra organización. Michener, digo yo, no vendía demasiado... Era yo quien, por otro conducto, ofrecía las imitaciones, pero con las piedras y los metales auténticos, claro...

—Entiendo. Un tipo se dedica a copiar las creaciones de míster Michener, y luego, por tu mediación, como modelo de míster Michener, las coloca entre gente de la cual digamos que la mitad está al corriente de lo que realmente ocurre.

—Bien... supongo que es así. Yo, repito, sólo ofrezco...

—Ya... Hay dos cosas. Una: el imitador de las creaciones de míster

Michener está muy cerca de éste. Dos: es un medio bastante aceptable de pasar las piedras de contrabando. ¿Nunca míster Michener ha sospechado algo?

—No lo sé... Pero es un hombre ingenuo, muy honrado... De esos que creen que el mal no existe realmente, porque ellos no son capaces de hacerlo. ¿Me comprende?

—Sí, claro... Pero...—sonrió levemente—me pregunto si de verdad puede existir un hombre así.

Zella perdió un instante el control del volante para mirar con asombro a Lorne.

—¿Cree que no es cierta la honradez de míster Michener? —inquirió —, O más concretamente, ¿sospecha de él?

—No sé. Y no voy a perder el tiempo sospechando de nadie. Tengo elementos más que suficientes para que antes del final de esta noche haya mucha gente en los calabozos de la Delegación del F.B.I. O en la «morgue», eso depende—dijo, seco, Lorne.

Ella se mordió los labios y quedó atenta al volante.

Aquel tipo ni la miraba...

—Oiga... usted no es humano—dijo, con rabia, Zella—. Ni siquiera pregunta por qué lo he hecho... Sepa usted que yo, de niña, durante toda mi infancia...

—No sigas. Yo podría contar la misma historia, con ligeras variantes. Atenta a lo que haces. Y... dime una sola cosa más: ¿siempre has visto sólo a Manning? —Sí... Supongo que me citaba a solas; yo... imagino que debe haber otros elementos complicados en esto. Pero... yo lo hubiese dejado, se lo aseguro... Al principio no creí que la cosa tuviera tanta importancia. Pero he visto que últimamente es cada vez mayor el número de piedras que coloco diariamente, y estaba asustada...

—¿Nunca habías oído mencionar a Donna Monahan?

—No...

—¿De qué te hablaba Manning?

—Sólo de mi cliente. La forma en que yo debía enfocar las cosas. Cada hombre es distinto, suele decir Manning.

—Sí, eso es cierto; muy agudo ese Manning... ¿Cómo es?

—¿Viejo, joven...?

—Digamos cincuenta años.

—Está bien. Calla ahora.

Lorne conectó con Mark Sheridan, quien inmediatamente se puso al habla:

—Yo, Lorne.

—¿Qué está ocurriendo?

—Bueno... no sé. Es curioso, Lorne: entraron y están con Manning;

no parece que haya problemas ni peleas... ¿Qué hacemos?

—Yo me estoy acercando; seguid atentos. Ya veremos. Y si hay novedad, comunicas rápidamente conmigo. De lo que no cabe duda es de que Manning está complicado. Ya digo: Donna Monahan va soltando la madeja, y yo hilándola de nuevo.

—Sí... Me desconcierta la actitud de esa mujer, Lorne.

—Todo tendrá explicación. Hasta luego. Corto.

* * *

Para la señora Monahan, aquélla había sido la mayor sorpresa de su vida. Allí estaba, ante Manning, cuya sonrisa resultaba un tanto molesta. Y Donna, tras pensar rápidamente, se dijo que allí lo único que importaba era la actualidad; la rabiosa actualidad, y había que dejar atrás lo demás.

—¿Muy confusa, señora Monahan? —había preguntado Manning.

—Dejemos eso —murmuró ella—. En primer lugar, gracias por recibirnos...

—No sea cínica, señora Monahan —sonrió Manning—. Ustedes me han sorprendido. Su... amigo me ha colocado la pistola debajo de la nariz, y en tales condiciones, no puedo por menos que sentirme en clara inferioridad. Y no tenemos por qué perder tiempo con eso. ¿Ha venido a vengarse, señora Monahan?

—No. Yo...

—¿Puedo dudarlo?

—Puede escucharme, y luego deduzca.

—Bien... siéntense, se lo ruego.

Era una casa sólida, grande, bien amueblada, ocupada por un solo hombre.

Manning, en efecto, aparentaba los cincuenta años, pese a que su rostro estaba bien afeitado, con aspecto saludable. Un hombre fuerte aún, que en aquellos momentos vestía un batín de topos, y olía a baño reciente. Se sentaron todos. Edward, por el momento, consideraba que no procedía guardar la pistola. Y Donna se sentía muy segura, por lo favorable de la situación. Donna, además, consideró que aquel asunto había que llevarlo adelante yendo al grano.

—Manning: hemos llegado hasta usted por mediación de Zella Winters —dijo Donna.

—Linda mujer... Oigan, es estúpida; ese misterio de sus ojos no significa otra cosa que un total vacío en su cerebro.

—Opinamos lo mismo. Y Edward... mi amigo, tiene ya ciertas ideas al respecto. Por tanto, Zella es poco interesante, y prosigo. El asunto es contrabando de diamantes.

—¿Ustedes se dedican a eso?

—Como usted.

—Vaya... Lo dijo Zella.

—Sí.

—Bien... parece que estoy obligado a seguir escuchando. Siga, siga, es interesante.

—Más lo será ahora; debe tomar una decisión inmediata; además, quiero ver a su jefe, al jefe de la organización de la que usted y Zella forman parte. Mi trato le interesará, estoy completamente segura.

Capítulo VIII

POR el gesto de Manning, se diría que no había oído nada.

—¿Lo ha entendido, Manning? —insistió Donna—. Quiero hablar con su jefe.

—La oí...

—¿Y bien? Tiene cinco minutos para ponerse en contacto con él.

—Cinco minutos para tomar la decisión más importante de mi vida. Bueno, ya se sabe... las cosas tan importantes suceden así: inesperadamente, por sorpresa, de un modo brutal...

—No me interesa su filosofía.

—A mí tampoco me interesa lo...

—Le mataremos transcurridos esos cinco minutos, Manning.

—Ya veo... ¿Y qué suponen ustedes que debo decirle al jefe?

—Le pondré al corriente. Ustedes, Manning, poseen una organización y una ruta de contrabando envidiable. Además, realizan sus negocios de un modo... fino, perjudicando a los colegas. Le diré con toda claridad que sé que son ustedes quienes interceptando mi propia ruta, en Africa, me robaron una partida de piedras, valorada en cuatro millones de dólares.

Manning sonrió levemente.

—Debería proteger mejor sus intereses, señora Monahan—dijo—. No es...

—No se burle, Manning. Ustedes, repito, se han apoderado de diamantes de mi propiedad, valorados en cuatro millones. En un principio, sentí una rabia infinita, como puede suponer. Luego empecé a admirarles, y, por último, tomé otra decisión: encontrarles y proponerles un trato. Ya les he encontrado; ha sido difícil, no crea, llegar hasta Nueva York, y Zella Winters. Pero estamos aquí. Usted debe admitir ya, ahora, que esos cuatro millones me los robaron ustedes; entonces, seguiremos adelante.

—Nos apoderamos de sus piedras, señora Monahan—suspiró Manning.

—De acuerdo... Y para su entrada en Estados Unidos deben contar con una ruta excepcionalmente segura y buena.

—Pues... la consideramos así, en efecto.

—Entonces, le explicaré mis proyectos, sintetizando, para que usted

vaya pensando que le conviene ponerme al habla con el jefe de su organización. Yo... les regalo esos cuatro millones, Manning. No me importa perderlos, aunque, en realidad, los considero una buena inversión, ya que me han permitido llegar hasta ustedes. Bien; digo que les regalo esos cuatro millones de dólares, y mi trato es el siguiente: compartir la ruta.

Manning entornó los ojos, de un azul frío y desvaído. Ya no sonreía.

—Compartir la ruta...—murmuró—. Una especie de sociedad, ¿no?

—Sí. Una sociedad, Manning. Yo, desde hace tiempo, estoy estudiando mi entrada en Estados Unidos; un país rico, con posibilidades, pero no es fácil colarse, con millones de dólares en piedras preciosas... Nada fácil. Ustedes, por lo visto, lo consiguen, y me interesa. Yo tengo mi red en Europa, y quiero tenerla en

Estados Unidos; ésa es la razón por la cual pierdo cuatro millones de dólares, se los regalo. Ustedes son expertos, y están bien situados en este país. Colocaríamos aquí muchos diamantes, Manning.

Manning, sin hacer caso de la pistola de Edward, se puso en pie, y fue hacia el mueble-bar.

—¿Quieren algo? —inquirió.

—Que se dé prisa—dijo Donna.

Él se sirvió medio «whisky» solo. Bebió un sorbito. Encendió un cigarrillo, y con el vaso en la diestra se sentó de nuevo.

—Bueno... usted, señora Monahan, quiere compartir nuestra ruta—dijo Manning luego—. Usted, eso nos consta, obtiene con gran facilidad los diamantes; con mucha mayor facilidad que nosotros. En cambio, nuestra ruta hacia Estados Unidos, yo diría que es casi perfecta. Usted pone los diamantes, nosotros la ruta, y la organización aquí... ¿Es eso?

—Habría que ampliar detalles, pero, en el fondo, es eso, en efecto.

—¿Y... nos regala esos cuatro millones? ¿No habrá represalias?

—Nada de eso. Ya digo que es una buena inversión.

—Bien... lo cierto es que si yo fuese el jefe, consideraría muy en serio su trato, señora Monahan. Usted es muy poderosa en el terreno de los diamantes; por eso llamó nuestra atención, e interceptamos su partida de cuatro millones... Pienso, no obstante, que la sociedad podría ser total; refundir totalmente nuestros negocios, lo mismo en Europa que en Estados Unidos, y luego emprender el asunto a escala mundial...

—Eso es mucha ambición, pero se intentaría, ¿por qué no? De momento, lo importante es pisar firme. Firme aquí y firme en Europa. Quiero su ruta, la compro, o entro en sociedad, o hago lo que sea necesario, Manning. Y quedan olvidados los cuatro millones. Quiero entrar mis mercancías en Estados Unidos. Todo está lo suficientemente claro, creo.

—Así es, señora Monahan... Y los detalles...

—Se perfeccionarían a su debido tiempo.

—Claro... Usted nos ha buscado para eso... Yo creí que usted me buscaba por...

—No hablemos de eso, Manning—cortó, seca, Donna—. Y tampoco me interesa que usted, ahora ya lo entiendo, matara a Keller...

—Era un pobre diablo.

—Está bien. A lo nuestro. ¿Llama o no a su jefe?

—Considerando, primero, que el trato es bueno, y, segundo, que la pistola aún me está apuntando, creo que debo hacer algo en ese sentido —sonrió Manning—. Y han transcurrido los cinco minutos. ¿Cuándo debo llamarle, y...?

—Ahora.

—Oiga... son las ocho y media...

—Un hombre de negocios importante no duerme aún, Manning.

—No... No es eso, pero...

—Llame por teléfono, o como sea, pero quiero una cita con ese hombre esta misma noche. Oh, vamos... las ocho y media... Hay tiempo para todo, Manning.

—Sí... Pero aclaremos algunos detalles. Por ejemplo: supongamos que llamo al jefe, y la cita tiene lugar. Ustedes tendrán que salir de mi casa. ¿Qué harían conmigo?

—Nada—dijo, rápida, Donna.

—¿Nada? ¿De veras?

—Manning... ¿no quiere entenderme? Hoy tengo millones de dólares, y grandes negocios en perspectiva... ¿Qué me importa usted, de un modo personal? Hay que considerar, además, que usted es un elemento interesante en la organización. Nosotros, saliendo de aquí con una cita concertada con su jefe, no le haremos absolutamente nada, Manning.

El hombre volvió a ponerse en pie. Miró los ojos extraños de Donna, de un azul muy claro; un evidente contraste con su rostro...

—Admito que uniendo nuestras fuerzas conseguiríamos algo fabuloso —musitó Manning—. Pero...

—No hay inconvenientes, Manning. Ninguno. Una sociedad leal.

—Ya...

—Llame ya.

Manning aún vacilaba.

Luego, por fin, se dirigió hacia el teléfono, y disco un número, impidiendo que Donna y Edward lo viesan. Esperó unos instantes, fumando, con el auricular pegado al oído, sin mirar a Donna ni a Edward. Pareció llegar la respuesta, y Manning dijo:

—Soy yo.

—¿Qué?

—La señora Monahan ofrece un trato muy digno de consideración. Y quiere una cita para esta misma noche.

—Mátala.

—Imposible.

—¿Te amenazan con armas?

—Sí.

—Bien... ¿De veras te parece bueno el asunto?

—Muy bueno. De verdad.

—No hemos debido dejar que llegara tan lejos...

—Lamentarlo ahora no conduce a nada.

—No, claro que no... Dile que a las nueve en la estación de «ferrys» de Battery Park.

—Un momento...

Manning se volvió hacia Donna, que estaba muy atenta.

Manning dijo:

—A las nueve en la estación de «ferrys» de Battery Park...

—A las nueve y media—dijo Donna—. A las nueve tengo una cita personal.

—Bien...—habló con el otro—, ha de ser a las nueve y media.

—A las nueve y media, lo mismo da. Manning: voy a poner en guardia a Brecken y a Grey. Entretén un poco a la señora Monahan, de modo que demos tiempo a esos dos para que lleguen, y la sigan.

—Pero...

—Ya veremos si hay que matarla. Por el momento, no me siento muy predispuesto, Manning, compréndelo. Tranquilo, ¿de acuerdo? Llamo a esos dos, y no te preocupes de más. Pero tienes que entretenerla.

—Sí, está bien...

En aquel instante, Donna, que se había acercado a Manning, le arrebató el teléfono y dijo:

—Escúcheme: sólo deseo una sociedad entre nosotros. Todo puede conseguirse, empezando por mi establecimiento legal en Nueva York. En ese sentido, lo tengo todo solucionado, por mi dinero y prestigio. A partir de ahí, todo sería muy fácil. Vaya pensándolo. Quiero su ruta, y yo pongo lo demás.

Perfeccionaremos todos los detalles en la entrevista.

Y Donna colgó el teléfono.

Manning se humedeció los labios.

Había que entretenerla...

—¿Por qué lo ha hecho? —inquirió.

—Porque sí, Manning. ¿Qué va mal?

—Bueno...

—Ahora tenemos que irnos; como ve, cumplo mi promesa de dejarle en paz. Usted me servirá en lo sucesivo, Manning.

—No me importaría, se lo aseguro. Oiga... ¿qué han hecho con Zella?

—Mejor que la olvide. Ha de morir.

—Pero, ¿por qué?

—Es débil.

—Débil... ¿Por hablar, por mencionarme a mí? En este caso, yo también debo ser considerado como débil, puesto que he cedido a la amenaza de la pistola... ¿Lo entiende?

Donna frunció levemente el ceño.

—Es distinto, Manning—dijo.

—¿Por qué?

—No importa. Nos vamos.

Demonios... había que entretenerla un poco más...

—Espere, señora Monahan...

—¿Qué le ocurre ahora, Manning? Me ha oído decir que a las nueve tengo una cita personal, ¿no? Tengo prisa.

—Es que... Zella y yo...

—Ella me dijo que entre ustedes dos no había nada.

—Es que... no se lo dije aún...

—Oh... Está bien, ya veremos, Manning. Para mí, no es un placer matarla; pero sucede que no 3'jiero puntos flacos en algo que ha de ser importante. En todo caso, pensaríamos en retirarla de la organización. Pero todo a su debido tiempo. De momento, no la sucederá nada. Es todo.

—Señora Monahan... su cita personal...

—Manning: se la debo a usted. Un amigo de Ben me chantajea ahora. Voy a pagar.

—Pero...

—Y a matarle. Edward viene conmigo. ¿Ve otra solución?

—Estoy desconcertado...

—¿Sí? Para otra vez, cuando mate a alguien, Manning, asegúrese de que el cuerpo no aparecerá Jamás.

—Entiendo...

—Lo celebro. Buenas noches.

Imposible entretenerla más. Quizá, no obstante, hubiese dado tiempo al jefe para mandar a Brecken y a Grey... La acompañó hasta la puerta, y allí se despidió, empleando unos preciosos minutos. Cuando cerró la puerta, se pegó a una de las ventanas del vestíbulo, y vio a Donna y a Edward caminar hacia la esquina. Transcurrieron unos minutos antes de ver pasar el coche «Roadmaster», y reconoció a Edward en uno de los

ocupantes. Y lanzó un suspiro al ver, unos instantes más tarde, el coche de Brecken y Grey, detrás, a prudente distancia.

La matarían... El jefe no quería exponer absolutamente nada. Era ambicioso, sí, pero debía tener bastante...

Entonces, Manning retrocedió y fue hacia su despacho. Paseó unos instantes, y pasó al salón, donde se sirvió otro medio «whisky». Pensó que le convenía llamar al jefe... Tenía que hablar con él. Estaba claro que la señora Monahan podía mentir, pero si lo del trato era cierto, no debían matarla... era como estrangular el paso hacia una gran fortuna... Sí, tenía que llamarle.

Discó el número y esperó.

Una voz femenina, alegre.

—¡Hola!

Manning se humedeció los labios.

—Soy Duke—era la contraseña para cuando no se ponía el jefe.

—Oh, lo siento, señor...

Y detrás de Manning, una voz:

—Cuelga, Manning. ¡Cuelga!

Manning obedeció, y se volvió. Quedó lívido, mirando a aquel hombre, vestido con sobria elegancia, que empuñaba una automática con silenciador; las manos enguantadas, el gesto duro...

—Oiga... ¿qué...? Le aseguro que...

—¿Ella sabe algo de mí?

—Claro que no, señor...

—Adiós, Manning. Mi posición determina tu muerte.

Dos disparos.

Chasquidos, en realidad.

Los dos plomos se alojaron en el corazón de Manning, quien, sin un grito, cayó de bruces. Luego, el tipo le miró unos instantes. Con absoluta frialdad, se acercó, cerciorándose de que no había fallos. Luego salió del despacho, esfumándose.

* * *

Con los labios apretados, Lorne Bruster estaba contemplando el cadáver de Manning. A su lado, Zella estaba estremecida, lívida.

—Le... le han matado...

—¿Sí? —gruñó Lorne—. ¿Imaginas quién?

—Pues la señora...

—Lástima de belleza, estúpida. De todos modos, has podido tener un destello. Vamos.

La arrastró, y salieron de la casa. Un instante después estaban de

nuevo en el coche del hombre del F.B.I., quien llamó a la Delegación. Llegó la respuesta del inspector:

—Te escucho, Lorne.

—Manning ha sido asesinado.

—Vaya... ¿Tienes idea?

—Tal vez el jefe de la organización. No sé. Comunicaré con Mark inmediatamente. Ya sabe, señor, servicio de ambulancias, y otro más a la «morgue». Esperemos que podamos atrapar con vida a alguien... Corto.

Unos instantes más tarde, estaba hablado con Mark.

—Hay novedades, Lorne.

—Soy todo orejas.

—Salieron la dama y el tipo de casa de Manning...

—Manning ha muerto. Tú dices que no hubo lucha ni...

—No la hubo. Manning les estuvo despidiendo. Por tanto, vivía cuando la dama y el rico salieron. Es seguro, Lorne. Lo que te iba a decir es que un coche con dos tipos está siguiendo al «Roadmaster» de la señora Monahan. Y ésta se dirige hacia Central Park. ¿Qué te parece?

—Excelente. Lo del chantaje es algo tan insignificante para ella que no quiere complicarse la vida. Voy para allá, Mark; atentos tú y Dawson a todo el mundo. Intervenid si es necesario. Y llama más gente, ya te lo dije. Hasta luego. Corto.

Capítulo IX

EL «Roadmaster» se detuvo en una de las entradas de Central Park, concretamente en la de la calle 72. El vehículo se había deslizado suave y silenciosamente, y luego se apagaron las luces. De todos modos, había mucho tránsito, y muchas luces en el parque; los rascacielos emitían sus parpadeos; mil ventanas se apagaban y encendían por segundo:

Dentro del coche, la señora Monahan inquirió:

—¿Qué hora es, Edward?

—Menos cinco.

—Bueno... tengo el tiempo justo. Iré a llevar el dinero, y regresaré al coche. Sígueme, Edward. Y vigila a quien tome el paquete. Le matas. No te entretengas; le matas, simplemente, y vuelves al coche. Y ya tenemos el camino despejado hacia Battery Park. No olvides recoger el dinero... No es por el valor, ya sabes... No hay por qué dejar pistas. ¿Todo comprendido?

—Sí. No obstante, me permito sugerir que el haber acudido aquí, el haber aceptado ese chantaje...

—Edward: son cosas mías. Te aseguro que nada ocurrirá.

—Bien...

—Voy con el dinero. Sígueme a distancia, y atento.

Con su vestido morado, mostrando buena parte de las piernas, Donna se apeó del coche, con un paquetito en el bolso; el chantajista era de los baratos... Caminó por los senderos magníficamente cuidados del parque, sin mirar a las parejas, hasta que se encontró en la explanada de los conciertos. Miró hacia el «kiosko» de la orquesta, y luego en torno, con cierto recelo. Bien... todo estaba tranquilo, en calma. Aquel parque era algo excepcional dentro de la monstruosa Manhattan... Se dirigió hacia el «kiosko», y dejó el dinero en la parte de atrás, tranquilamente, con disimulo.

Ya estaba; el resto era cosa de Edward. Por tanto, había que regresar al coche, y esperar.

Mientras, Edward, atento, se había situado entre unas plantas, en espera de la aparición del chantajista. Se sentía un poco nervioso, ya que si el tipo se demoraba se crearía la absurda situación de que por una estupidez iban a perder la gran oportunidad de arreglar su asunto... el importante asunto de una fabulosa ruta de contrabando de diamantes...

Estaba esperando; cinco minutos ya.

Miró en torno. No, no... La vista fija en el «kiosco»...

Dos minutos más. Y nadie.

Podía engañar a Donna; podía decirle que el asunto estaba listo, y que debían volar a Battery Park. Y cuando el chantajista diera nuevas señales de vida, si ocurría, entonces sí... entonces, se le eliminaba.

Estaba a punto de seguir ese impulso, cuando oyó I un crujido a su izquierda; se revolvió, con la automática a punto, nervioso, y vio al hombre que avanzaba hacia él. Oyó un nuevo sonido, a su espalda. Giró. El sudor empezó a apuntar en su rostro. Muy bien... Iba a disparar. Iba a... a nada...

Nada. Otro hombre apareció a su lado, y con ambas manos le aferró la muñeca, antes de que tuviera tiempo de apretar el gatillo. Fue cuando Edward quiso luchar, forcejear, librarse de aquellos tres hombres. Sin embargo, diez dedos estaban apretando su muñeca, y tuvo que soltar el arma. Luego, alguien le agarraba por los cabellos, le enderezaba, y le situaba en buenas condiciones... para recibir un rechazazo tremendo en el estómago, que le transportó, por unos instantes, a la angustia de la muerte. Luego, una voz:

—Al coche. Veamos qué hay con los otros dos.

Entre dos agentes del F.B.I., se llevaban a Edward, quien iba arrastrando los pies por la tierra cribada del sendero.

El que se quedó en el parque, extrajo una radio de bolsillo, y efectuó una llamada. La respuesta:

—Lorne a la escucha.

—Soy Mark. Tenemos al tipo que iba con la señora Monahan.

—Bien... ¿Dejaron el dinero?

—Por lo menos, un paquetito.

—Ve a recogerlo. Luego, a por los otros dos, que están vigilando el «Roadmaster», según información que acaba de proporcionarme Dawson.

—Está bien, Lorne. Agarramos a los tipos, y... ¿y qué?

—Yo me ocupo del resto. Pero cuidado, Mark, sin ruido.

—Entendido. Corto.

Mark Sheridan cortó la comunicación, fue hacia el paquete, lo tomó, y tardó unos segundos en comprobar que aquello era dinero. Se encogió de hombros, se puso el dinero en un bolsillo de la chaqueta, y luego caminó con larga zancada hacia su coche, donde dos agentes especiales estaban con Edward. Mark dijo:

—Tú, Slatte, quédate con el tipo. Copper, conmigo. Andando.

Fue cuestión de un leve rodeo, e instantes más tarde, siempre con absoluta discreción, sin armar el menor alboroto, los hombres del F.B.I. se reunían en uno de los setos del parque. Uno de los que acompañaban

a Dawson, llamado Phil Drake, dijo:

—Dawson está esperando instrucciones, Mark.

Los dos tipos siguen vigilando el coche de esa dama.

—¿Han salido del suyo?

—No... Están los dos dentro.

—Mejor. Estas son las instrucciones: somos cinco; por tanto, yo creo que nada más fácil que rodear el coche, y, sin escándalos, atrapar a los dos tipos. ¿De acuerdo?

—Claro.

—Andando, entonces.

Fue cuestión de dos minutos; cinco hombres, todos ellos empuñando con disimulo sus armas, se fueron acercando al coche que ocupaban Grey y Brecker. Los dos hombres estaban dentro, fumando, como a cincuenta yardas detrás del «Roadmaster» de la señora Monahan. Y los dos tipos empezaron a enterarse de lo que sucedía, cuando dos caras, y otras tantas automáticas, asomaron por las ventanillas, apuntándoles, mirándoles fríamente.

—Bajad de ahí—dijo Mark—. Tranquilos, despacio, con calma. ¿Entendido?

Pues no lo entendieron.

Grey, que estaba frente al volante, tomó una centelleante decisión. Ni más ni menos que poner el coche en marcha, dispuesto a arrancar como si se tratara de despegar un «jet». Mientras, Brecker extraía la pistola con la diestra, en tanto que su zurda desviaba la diestra de Cooper. Y el coche arrancó, sí.

Empezaron, entonces, los disparos que hubieran querido evitar los hombres del F.B.I. El primero en reaccionar, fue Mark, quien disparó dos veces, hacia el interior del coche; no pudo alcanzar a Grey, quien se había echado hacia atrás, hundiéndose con el pie el acelerador, a tope. No obstante, los plomos de Mark no se malgastaron: se clavaron ambos en el cuerpo de Brecker, y el tipo, arrugado, contraído el rostro, estaba disparando, por reflejos, con su silenciador, astillando el parabrisas una y otra vez; formando telarañas que tapaban la visión a Grey, quien de un manotazo tiró la pistola de Brecker, cuando éste ya había muerto.

De frente, alguien disparaba contra las ruedas del coche. Y por detrás.

El vehículo empezó a dar bandazos, a chirriar de un lado a otro, materialmente rodeado.

Se creó en la calle un instante de pánico, de gente que corría, de silbatos de policías y agentes de tráfico. Mientras, seguían sonando los disparos, hasta que, en una maniobra falsa, el coche fue a estrellarse contra uno de los muros del parque, a sólo unas yardas de una entrada y un «parking»...

Cinco hombres se precipitaron hacia el coche, cuando una sombra vacilante hacía su aparición, con la pistola en la diestra.

Ni siquiera tuvo ocasión de apretar el gatillo una sola vez. Grey fue atacado por los lados, y mientras su pistola saltaba por el aire, alguien le asestaba un golpe en el cuello, con el canto de la mano. Además, ni siquiera pudo llevarse las manos a la garganta, puesto que estaban esposadas, sin que se hubiese enterado.

—Listos—dijo Mark—. Cooper... quédate para calmar a los de la Metropolitana y a los agentes de tráfico. Que todo se normalice en dos minutos.

—Bien.

Mark, entonces, echó un vistazo al interior del abollado coche, y vio el cadáver de Brecker; se encogió de hombros, e hizo una seña. Grey, el prisionero, iría a reunirse con Edward.

* * *

Cuando todo estaba aún tranquilo, y Donna, en el interior del «Roadmaster» fumaba un cigarrillo esperando a Edward, un hombre caminaba hacia el coche; una sombra. Un tipo de rostro muy viril, casi antipático. Miró hacia atrás, y observó que todo iba bien. Zella estaba en el coche, con uno de los muchachos enviados por el inspector Driscoll. De modo, que nada que temer en ese sentido. En cuanto a Edward, no volvería. Y los otros dos, detrás, no le veían, ya que buscó un camino en diagonal hacia el «Roadmaster».

Fue cuestión de segundos meterse, por sorpresa, en el vehículo.

El cigarrillo que estaba fumando Donna cayó al suelo, y sonó, muy cortés, la voz de Lorne:

—Permítame.

Recogió el cigarrillo, y se lo devolvió. La dama, por su parte, miraba, sorprendida, a Lorne. Sorprendida, recelosa...

—Señor Bruster... —murmuró.

—Me alegro de que me recuerde, señora Monahan.

—¿Qué... qué hace aquí?

Lorne sonrió secamente.

—He venido a por el producto de un chantaje —dijo.

—¿D-de... de...?

—Un pequeño chantaje de veinticinco mil dólares. Bueno... creo que pude pedir mucho más, pero... en fin, la falta de costumbre, entienda.

—¿Usted...? ¿Usted es el chantajista...? Bien... Bien, tiene su dinero en el «kiosco». Y me sorprende que...

—Por favor, señora Monahan. Lo del chantaje fue una sencilla

trampa, para que usted se viera obligada a admitir algunas cosas, que negó en nuestra primera entrevista.

Donna, lívida, estaba pensando desesperadamente. Bien... ¿qué podía ocurrir si ella contaba todo al hombre del F.B.I.? No ocurriría nada; absolutamente nada... Contando con que Edward supiera estar a la altura de las circunstancias, sin cometer ningún error, nada podía ocurrir. Todo aquello era parte del negocio...

—¿Está pensando sus mentiras, Jane Homes? —inquirió Lorne.

—No... No, no. Por el contrario, voy a explicarle toda la verdad—musitó Donna.

—Es preferible. Me gustaría escucharla ahora.

—Sí... Mire... es cierto que Ben estuvo a verme la misma noche en que le mataron, pero le aseguro que nada tengo que ver con su muerte. Sólo que... —No es por ahí por donde debe empezar, Jane.

—¿No?

—Todo empezó hace veinte años. Le explicaré lo que sé. La verdad es que dudo que usted lo haya olvidado. Usted y Ben Keller vivían en St. Charles, Missouri. Eran novios. Usted tenía diecinueve años, y él veintitrés. ¿Cierto?

Un ramalazo de asombro cruzó las pupilas de Jane Homes.

—¿Cómo lo han descubierto? —musitó.

—Los asesinos de Ben fueron muy descuidados. Nos dejaron el camino libre para encontrar pistas. La mejor fue la fotografía de usted; se la mostré, ¿recuerda? El original lo tenía guardado Ben en su billetera, muy viejo, arrugado... pero con las señas del fotógrafo tan visibles. Nuestra Delegación en St Luis hizo el resto al respecto. Fue muy sencillo visitar al fotógrafo. Y... no sólo el fotógrafo, sino todo el pueblo, recordaba la extraña historia de la parejita formada por Ben y Jane.

—Es natural... Yo, comprenda, no quería que eso se supiera... Podía perjudicar mi prestigio actual... No quise ver a Ben, había decidido pagar el chantaje... Olvidar aquello. ¿Comprende?

—Bien... en cierto modo, sí es comprensible. Usted fue víctima de una banda de trata de blancas, señora. ¿No es eso? Usted fue raptada, y vendida, lejos del país. Y... se creyó que Ben formaba parte de la banda, que era un elemento de ella. Se le juzgó, pero los cargos no pudieron probarse. ¿Usted qué dice a eso?

—Ya no importa... Supe que el propio Ben me había entregado... Cobró dos mil dólares...—musitó, con voz temblorosa, Jane Homes.

—Ya... Usted conoció a toda la banda.

—Pues sí...

—¿Y de veras no ha querido vengarse de Ben?

—No, no... Es absurdo. Yo... he querido olvidar todo aquello, señor Bruster. Nada de venganzas.

—La felicito, entonces.

—¿No me cree? De veras: no maté a Ben... Señor Bruster... tengo que decirle que al principio, cuando me encontré en alta mar, después de muchas horas de sueños, de pesadillas, todo artificial, se apoderó de mí la desesperación más honda... ¿Cómo explicárselo ahora? Era miedo, terror, deseos de fundirme... Pero... —le tembló la voz—, no era nada, en comparación con lo que me aguardaba en Africa... Me condujeron a Africa, sí... Dios mío...

Ella cerró los ojos. Por entre los párpados, se escapaban, no obstante, un par de lágrimas.

Lorne, seca la expresión, miraba por el retrovisor, observando que el F.B.I. estaba ya rodeando el coche de Grey y Brecker.

—Señor Bruster... no es necesario que entre en detalles...—musitó Jane—. Todo... todo fue horrible, monstruoso... Yo... ni siquiera sabía dónde estaba exactamente. Pero... entre negros, eso sí. Negros de muy rudimentaria civilización, pero... con ansias de ella... Yo... yo estaba con los jefes de un poblado, con los de otro... Yo era la mercancía que...

—Está bien, Jane. Entiendo que...

—Usted no entiende nada... Nada. Es imposible. Fueron ocho años de muerte lenta, día a día; de bestialidad, de terror... Luego, por fin, pude huir... Huí, sí.

Me daba igual morir en la selva... El caso es que me vi libre de todos aquellos salvajes... Todo me daba igual, pero prefería morir sola, sintiéndome libre, sin más vejaciones, ultrajes... Y... ¿sabe?, tuve suerte...—susurró Jane.

Lorne pestañeó. Iba a empezar todo entre el F.B.I. y Brecker y Grey.

Ella también se dio cuenta.

—¿Qué... qué sucede ahí...?

—Nada. Siga.

—Pero...

—Siga.

—Bien... Conocí a un blanco, en Fort Lamy... Tchad. No sé cómo llegué, la verdad. Lo ignoro. Tampoco sé cómo me encontré viviendo con aquel hombre blanco... Pero no en Fort Lamy, no... En la selva. En un misérrimo poblado; era... algo extraño, desconocido para mí; un mundo deprimente, inhumano... Ese hombre, se llamaba Earl Monahan; inglés. Me... me casé con él, con unos ritos que aún no comprendo... Bien, no importa eso. Me casé con él; me quiso. Me di cuenta de que, en el fondo, era bueno... Y bendije mi suerte, por fin.

—¿Qué hacía Monahan allí?

—Usted debe saber cómo funciona el asunto de las minas de diamantes en Africa del Sur. Me refiero ahora exclusivamente al ex-Congo Belga. La gran mayoría de los mineros, son negros paupérrimos,

reclutados en Africa Ecuatorial, y del Sur... Recluta—dos legalmente, con sus contratos. No diré que los contratos fuesen muy ventajosos para ellos, pero, en definitiva, eran legales. Cada negro era un trabajador, y se le atendía como a tal... Bien: mi marido era el jefe de una zona de reclutamiento en Africa Ecuatorial. Un trabajo honrado. Legal. Mi marido iba con sus contratos, buscando gente. Creo que está claro.

—Sí. Pero... ¿de ahí proviene su fortuna, acaso?

—No... Earl era un hombre inquieto... Se fue introduciendo en empresas mineras, hasta que consiguió... ¡Están disparando...! ¡Ese coche se va a estrellar...!

—No nos incumbe, señora Monahan. Siga.

—Pero...

Ella miraba todo lo que estaba ocurriendo; el estruendo de los disparos, los silbatos de policías, los gritos de la gente...

—Siga, señora Monahan.

—Mi marido consiguió una fortuna, señor Bruster. Yo la heredé, y proseguí con su trabajo de reclutamiento, y con los intereses en unas minas... Gané millones. Y entonces decidí vivir en Europa, en Amsterdam, y establecerme en lo único que entendía: diamantes, joyería... Señor Bruster... ¿qué tiene contra mí? Quiero irme de aquí. Es cierto que una banda de trata de blancas me hizo su víctima; lo he pasado muy mal, pero está todo vencido, superado, olvidado. Hoy, tengo mucho dinero, y soy una mujer digna... Por eso no he querido vengarme, por eso negué conocer a Ben, por eso he querido pagar el chantaje... Siento haberle hecho perder tiempo, por no decirle todo esto la primera vez que nos vimos. Ahora, perdone. Tengo prisa... Son casi las nueve y media, y...

—Señora Monahan: ¿quién asesinó a Ben, y por qué? Tengo que resolver este asunto.

—No lo sé...

—Ben estaba en Nueva York. Llega usted, Ben quiere verla, y alguien le mata. ¿Quién? ¿Algún hombre relacionado también con aquella antigua banda de trata de bancas?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Yo...

—No se ponga nerviosa.

—¡No estoy nerviosa,...! ¡No sé nada! Le he explicado ya las razones que tuve para mentir la primera vez... Ahora, déjeme en paz... No tiene nada contra mí. No puedo ayudarlo; no sé nada de lo que ha hecho Ben durante veinte años... ¡Nada! ¿No lo entiende? Señor Bruster, tengo que...

—Escúcheme a mí—dijo, secamente, Lorne—. A medio camino del caso de Ben Keller, pierdo la pista del asesino. No obstante, tropiezo con una doble organización de contrabandistas de diamantes. Creo, señora

Monahan, que ha llegado el momento de descubrir todas las cartas.

Capítulo X

PARECÍA que la señora Monahan iba a desplomarse, fulminada. Sus ojos estaban muy abiertos, la piel sin color... Los labios temblaban...

—¿Qué... qué dice, señor Bruster...? —musitó.

—Hemos estado siguiéndola, controlándola. Sinceramente, yo esperaba que usted me aclarase algo sobre la muerte de Ben Keller, y me ha metido de lleno en algo tan sustancioso como una perfecta banda de contrabandistas. Yo mismo puse un micro en el «bungalow» de Hoboken, señora Monahan; y yo mismo estuve a la escucha. ¿Quiere más detalles?

—Yo... Pero...

—Comprendo su sorpresa. Y admito que yo también estaba asombrado.

—Señor Bruster, se equivoca...

—¿De veras? ¿Ha visto lo ocurrido con ese coche y sus ocupantes?

—S-sí...

—Entonces, no perdamos más tiempo.

El hombre del F.B.I. extrajo una radio del bolsillo, y conectó con Mark. Llegó la respuesta:

—¿Qué pasa, Lorne? No os movéis de ahí...

—Ahora. Dile al tipo que acompañaba a la señora Monahan que se ponga al habla.

—Bien.

—Instantes después, la voz de Jane, a quien Lorne había entregado la radio: —Edward...

—Lo siento, señora...

—¿Te... te...?

—Estoy con ellos, los del F.B.I. Creo que hemos perdido...

—Bien...

Lorne recuperó su radio, requiriendo a Mark.

—Dime, Lorne.

—Trae al superviviente del coche, Mark.

—Voy. ¿Y los demás?

—Cada uno en su puesto, cuidando a ese Edward, y atentos a una posible llamada.

—Bien.

Lorne guardó la radio, y extrajo un paquete de cigarrillos. Encendió dos, y entregó uno a Jane, quien aceptó, tomándolo con dedos temblorosos.

Fue cosa de tres minutos. Mark llegó con Grey, y se introdujeron en los asientos de atrás del «Roadmaster». Lorne giró levemente, mirando a Grey.

Y dijo:

—¿Qué hacíais aquí? ¿Quién os ordenó seguir a la señora Monahan? ¿Había que matarla?

Grey guardó silencio.

Jane miró vivamente al hombre del F.B.I.

—Pero... no es posible...—musitó—. No debía...

—Manning ha muerto, señora Monahan. Murió apenas diez minutos después de haberse despedido de ustedes. ¿Qué significaba Manning? ¿Era de verdad el segundo de a bordo de la organización de contrabandistas de Nueva York?

—Sí...—musitó Jane, entendiendo que todo estaba perdido—. Además era... era el jefe de la banda de trata de blancas... El hombre que me vendió, que me mandó a Africa... Al verme, él creyó que yo quería vengarme, pero no era así... Seguro que fue él quien ordenó la muerte de Ben. Si Ben, arrepentido, o por cualquier otro motivo, se unía a mí, resultaba peligroso... ¿Comprende? Ben conocía bien a Manning, y sabía dónde se encontraba... Por eso le mataron...

—Vaya... es sorprendente todo esto, señora Monahan... Ocurre que asesinan a un pobre diablo, y... salta al aire toda la podredumbre contenida durante veinte años... Salta, además, con cegadores destellos de diamantes de contrabando... Diga: ¿Manning ha colaborado con usted para seguir adelante con ese trato del que usted le habló a Zella?

—Sí...

—¿Y usted y el jefe han de verse?

Jane vacilaba.

Lorne miró a Grey:

—¿Os ordenó matarla, Grey? —inquirió—. Puedes decirlo. No hay más testigos que nosotros; no constará contra ti en el momento del juicio... Dilo, Grey. —Bien... nos ordenó matarla—musitó Grey.

—Muy bien. Señora Monahan... el jefe no quiere socios ni estorbos. Grey: ¿quién es?

—No lo sé.

—Señora Monahan: ¿quién es?

—Lo ignoro...

—¿Dónde y cuándo han de verse?

—Nos citamos en Battery Park, a las nueve y media...

—Tal vez no esté, o tal vez sí. Ese hombre ha eliminado a Manning, ya un estorbo; un punto débil... como Zella—sonrió, torcidamente, Lorne—. Y manda a dos hombres para matarla a usted, señora Monahan. Puede pensar que no cuesta nada darse un paseo por Battery Park, y averiguar exactamente lo ocurrido, después de haber matado a Manning.

—Ponga el coche en marcha. Hacia Battery Park.

—Sí

Roncaba el motor. Y Lorne dijo:

—Mark. La radio y llamada. Rodear el parque. Diga exactamente el punto, señora Monahan.

—La estación de «ferrys»...

—Ya has oído, Mark. No pierdas tiempo.

Hubo unos instantes de silencio, mientras Donna maniobraba para enfilar hacia el sur. Parecía poco firme, pero ya se le templarían los nervios. Grey, atrás estaba hundido.

—Grey: ¿de veras no conoces al jefe? —inquirió Lorne.

—No... Su voz, sí. Cuando nos ordena algo, se cumple, y en paz.

—Ya... Sabe cuidarse, por lo visto. Señora Mona—han: no entrará su contrabando de diamantes en Estados Unidos.

—Está bien... Pero... no hemos matado a nadie... No se nos puede acusar de hechos consumados...

—Tal vez. De todos modos, es suficiente para el F.B.I. Por otra parte, deberemos agradecerle el habernos permitido destruir esa organización de contrabandistas, que operaba en nuestro territorio. Usted ha fracasado. ¿Y sabe por qué? Es simple... Una mentira. SI USTED ME HUBIESE CONTADO LA VERDAD LA PRIMERA VEZ QUE NOS VIMOS, EL F.B.I. LA HUBIESE DEJADO EN PAZ. TAL VEZ ALGUNA PREGUNTA DE VEZ EN CUANDO... PERO SOLO ESO.

—Sí, lo entiendo... Pero creí que siempre estaría a tiempo para explicar mi versión... Y pensé que se compadecerían de mi historia...

—Eso sí, señora Monahan. Nos compadecemos de su historia. Pero nada más. Usted nos ha atraído con su mentira...

—Lo sé... No he sido inteligente en esta ocasión.

—Lo mismo opino. Hubiera sido muy fácil desprenderse del F.B.I.

Jane meneaba la cabeza, como si aún no entendiera—el fracaso.

—Pero yo volveré a Europa... Para mí, tal vez cárcel y...

—Usted, tal vez, regrese a Europa. Sin embargo, le aconsejo que no vuelva jamás a Estados Unidos. Y ya... ¿para qué? Si alguna vez regresa, de esa organización que tanto le interesaba a usted, sólo quedará un borroso recuerdo.

En la estación, con su vestido morado, apoyada en una baranda de hierro, de cara a la bahía, un poco alejada de las luces de la estación de «ferrys», estaba la señora Monahan. Bien visible.

Había mucho movimiento en la estación, muchas luces, sirenas. Continuamente llegaban coches que abarrotaban el «parking».

Allí, sola, la señora Monahan ofrecía una estampa un tanto patética.

Miraba hacia la bahía, pero, de vez en cuando, sus claros ojos azules recorrían el contorno, con inquietud.

Estaba segura de que los hombres del F.B.I. lo estaban haciendo perfectamente, pero... un fallo, una distracción...

Mientras, un hombre vestido de oscuro, con sobria elegancia, y con guantes negros, estaba metido en una cabina telefónica, discando un número. Inútilmente: Grey y Brecker no habían regresado. No estaban en su cubil. En cambio, la señora Monahan había acudido a la cita... Cabía que los hombres de la señora

Monahan hubiesen matado a Grey, a Brecker... Cabía también que les hubieran burlado...

El hombre llamó de nuevo, con la misma respuesta: silencio.

Bien... Salió de la cabina, dirigiéndose hacia unos setos. Estaba perfectamente oculto, a sólo cuarenta yardas de la dama; la veía perfectamente. Extrajo la automática, y pareció concentrarse. Tenía que ser un buen disparo.

Matando a la señora Monahan, se quitaba de encima a su peor enemigo. Porque... ¿qué más daba lo ocurrido con Becker y Grey? Nunca podrían denunciar su identidad. Nunca. Ni Manning. Ni nadie... Aquella mujer obstinada, dispuesta a llegar hasta él, debía morir...

Todo era gente que iba y venía; rumor de motores de coche, de los «ferrys», muchas luces en el contorno, pero ninguna cerca de aquel hombre.

El momento.

El mejor disparo de su vida. Luego... a descansar un poco.

Alzó el brazo.

Y en aquel momento, una mano, casi con delicadeza, le atrapaba la muñeca, mientras sonaba una voz:

—Cuidado, míster Michener, es peligroso jugar con armas...

Lívido complejamente, míster Michener se volvió, mirando a Lorne quien le había arrebatado la pistola, y la guardaba en un bolsillo. Lorne esbozó una seca sonrisa, e hizo un gesto. Otro agente especial apareció, mientras que Mark iba a reunirse con la señora Monahan.

—¿Qué... qué significa esto? ¿Quiénes son ustedes? —inquirió míster

Michener. —El F.B.I. Disculpe nuestro breve retraso.

—¿E-el... el...?

—F.B.I. Está detenido, señor Michener. Contrabando de diamantes, y asesinato. Lo demás... lo dejaremos en intentos. Pero es suficiente, ¿no cree?

—Usted está loco—dijo míster Michener, tratando de mostrarse digno—. Tendrá que responder de...

—Cállese.

Allí llegaba Mark con Jane Homes.

Y ella y míster Michener se miraban.

—Señor Michener... nunca lo hubiese imaginado —dijo ella.

—¿El qué? ¿Qué quiere decir...? Yo...

—No perdamos tiempo, Michener—dijo Lorne—. ¿Para qué indicarle que todo cuanto diga podrá ser utilizado en su contra? Usted debe saber de Leyes tanto como nosotros. Para burlarlas, hay que conocerlas. De todos modos, sólo deseo hacer un breve comentario: no ha pensado en su familia. Allá usted.

—Un momento... no pueden detenerme... Yo...

—¿Y la pistola? —inquirió Lorne.

—¡No he disparado!

—Es cierto... Le acuso, entonces, de la muerte de Manning.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo van a probarlo?

Lorne, tranquilo, extrajo del bolsillo la pistola de Michener. La miró, y dijo: —Manning tenía dos balas en el cuerpo. ¿Usted ha oído hablar de los avances de la técnica de Balística, señor Michener?

Michener tragó saliva. Vio a más hombres que se estaban acercando. Más agentes del F.B.I., claro, y todo sin que la gente lo notara. Estaban detrás de unos setos del parque. Michener musitó:

—Yo... Ustedes tienen que entender... La ambición es...

—Michener: nosotros ganamos unos diez mil dólares anuales, y vivimos felices. ¿Cómo quiere que entendamos lo que significa la ambición? Camine. Tiene que instruirnos debidamente con respecto a su ruta de contrabando; su red completa. Desde Africa, a Nueva York.

Michener, furioso, miró a Jane Homes.

—Usted... usted ha sido...

—Le reclamaré cuatro millones de dólares, Michener—dijo Jane.

—¿Sí?

—Conoceré su ruta... Yo he jugado mal mis bazas, de acuerdo, pero usted no ha sabido comprender... En lugar de estar ahora en manos del F.B.I., podríamos estar ya montando nuestra sociedad...

—¿Sabe?... yo aún tengo una baza...—musitó Michener.

—¿Cuál?

La baza aludida por Michener estaba en la mano de Lorne; la pistola automática con silenciador, del propio Michener, quien con un vivo y rápido gesto, se apoderó de ella, sorprendiendo a Lorne. Iba a disparar primero contra éste, cuando Mark, con excelentes reflejos, actuó, desviando el arma.

No obstante, sonó un chasquido. Allá, entre los setos.

Y todos quedaron quietos, hoscos, mirando a Michener.

El gesto de Mark había sido demasiado brusco, impetuoso, y aquellas eran las consecuencias: el agujero aparecido en un pómulo de Michener, que se había derrumbado de espaldas al seto, con los ojos muy abiertos.

—Lo siento...—musitó Mark—. Yo...

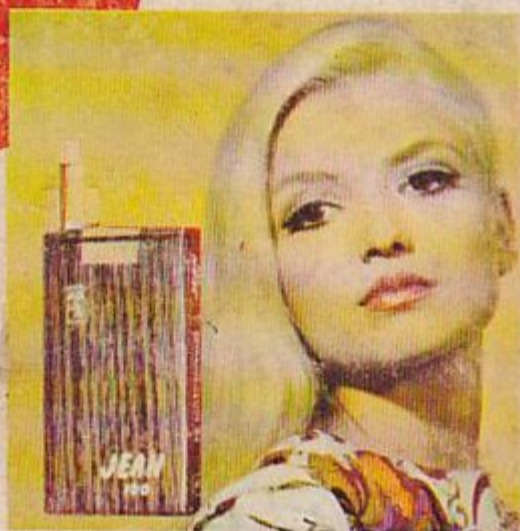
—Tranquilo, Mark—dijo Lorne—. Hubiese podido matarme. Vámonos. La vuelta ha de ser tan discreta y silenciosa como la llegada. Andando. Cada cual a su coche, y hacia la Delegación. Es de esperar que Grey nos informe en otros aspectos de la organización. Iremos descubriendo muchas cosas. ¿Qué estáis esperando?

Discretos, en silencio. Uno de los federales iría con el coche hasta los setos, para cargar con el cadáver de Michener... La ruta de contrabando, hacía, después de todo, escala en la «morgue».

Y allá iban Jane Homes, con Lorne Bruster a su lado.

Dos sombras que se esfumaban.

FIN



Concesionarios exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145-USA

R EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)

10
Ptas.